

85  
PUBLICATIONES  
2  
PTS  
CINEMA

7



# ESCIPIÓN el AFRICANO

(LA LUCHA ENTRE ROMA Y CARTAGO)





ESCIPION EL AFRICANO

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

# ESCIPIÓN EL AFRICANO

(LA LUCHA ENTRE ROMA Y CARTAGO)

NOVELA HISTÓRICA

POR

J. CANELLAS CASALS



ILUSTRACIONES INTERIORES  
FACILITADAS POR LA CASA



ORGANIZACIÓN FILMÓFONO  
DE LA PELÍCULA DEL MISMO NOMBRE.

## ESCIPIÓN EL AFRICANO

---

En el año 202 de la Era pre-cristiana las Repúblicas de Roma y Cartago estaban frente a frente.

Miradas ambas por la misma carcama de una politiquilla de favoritismos y bastardos egoísmos particulares ofrecían el contraste de que mientras la primera, estichavada en el corazón de una península de la Europa meridional, entre los montes famosos del Palatino y el Gianicolo, tendía a reaccionar pujantemente y a imponer las reservas impetuosas y canas de su juventud inteligente y heroica, la otra, Cartago, extendida en el tórrido suelo africano, se estancaba en la mollicie y en el espíritu angosto de sus gobernantes valetudinarios.

Con todo, Cartago, fundada por Fenicia, y colonia suya hasta su emancipación y grandeza imperiales, se movía aún, impulsada por la inercia formidable de sus tiempos poderosos, y por ende, se-

ñoreaba vencedora y orgullosa a través del mundo entonces conocido con arrogancia militar temible y ansias desmedidas de dominio conducida por Aníbal, su supremo general, que empeñaba en la ruda campaña de conquista no sólo su honor militar y el prestigio de su Patria, sino su odio mortal hacia Roma que Asdrúbal, su padre, le hizo jurar cuando solamente contaba nueve años.

A la sazón la colonia fenicia de Gades (Cádiz), le había franqueado las puertas de España, y las de Sicilia le dieron ocasión de establecer sus reales sítivos en aquella fértil isla de la soleada Itálica.

Llevado por el mandato de su intransgredible juramento antirromano cayó sobre Sagunto, que era aliada de Roma, determinando con su largo sitio la heroica destrucción de la ciudad por sus propios habitantes.

Indignada, Roma declaró la guerra a Cartago y cuando se disponía a enviar sus poderosas legiones a España para enfrentarse con Aníbal, éste se le adelantó y en paso épico que ha estremecido los siglos se lanzó a los Alpes, conmovió el cielo y la tierra con el mugido de sus elefantes de combate gigantes como mamuts, el ruido metálico de las lóricas relucientes de sus guerreros foscos, bronceos y velludos, el chocar caudal de los escudos, de las lanzas y las espadas terribles y el roce rumoroso de los columnos con la roca arisca de las cumbres frías y azotadas por los vientos y las nieves, combatió y venció a todos los generales que se le opusieron y cayó sobre Italia, llegando a las puertas de Roma en una invasión brutal.

Roma quedó anonada, y como réplica a las audacias de Aníbal envió a España a dos generales hermanos, Cneo, y Publio Escipión, al frente de sus legiones para combatir a los cartagineses y desbaratar sus planes de conquista. Pero los Dioses no quisieron favorecer esta vez a la religiosa Roma, y, a poco, ambos morían en dos sangrientas batallas.

Quedaban inauguradas las gue-

rras que la historia ha conocido bajo el nombre de «púnicas», por derivación del sustantivo latín «pheni-drum», con que se denominó a los cartagineses por descender de los fenicios.

Sin los Escipiones y teniendo a Aníbal a sus propias puertas, Roma tuvo que templarse una vez más en su secular heroísmo, forjando la epopeya decisiva de su historia.

...

Habían transcurrido doce años desde aquel día en que Aníbal violó con titánica temeridad la salvaje virginidad de los Alpes y holló el suelo virtuoso de Italia.

Quienquiera que se acercase a la vasta campiña que rodeaba a Capua percibía ese rumor parecido al oleaje que es propio de toda multitud en plena vida; y hasta, por así decirlo, oía el sudor y la mugre que exhalan los ejércitos bravos cuando las necesidades de una campaña prolongada les obligan a vivir entre el lodo, alejados de las comodidades de la vida civil.

Oteando por encima de los verticuetos que la circundaban aparecía a la vista maravillada del ca-



pectador una extensa planicie cuajada de tiendas de campaña entre las que se movía un verdadero hormiguero de soldados, figuras terribles como Dioses de la ira y del furor, atletas hercúleos de pechos potentes, brazos invencibles cargados de ajorcas de bronce y rostro velludo y estrino espantable de brutalidad.

Era el campamento de Aníbal.

En el interior de la tienda mayor y más lujosa, situada en el vértice superior del inmenso triángulo que formaba el campamento, el célebre general cartaginés daba rienda suelta a su ira y a su impaciencia. Gigantesco, corpulento, salvaje, era una figura imponente de guerrero terrible, uno de esos hombres, que aunque se vieran desposeídos de su voluntad tenaz e indomable, de su temperamento titánico y poderoso y del trueno de su voz imperiosa y arrebatadora, con el solo espectáculo del bastión acerado de su pecho, la furia hercúlea de sus brazos, la potente frente, que no conoce humillación, las quijadas, casi monstruosas pobladas de pelaje hirulento y rebelde y el relampagueo vivo y dominador de una sola pupila sana bastarían a hacerse temer y respetar.

Se paseaba impaciente como un león incansable sometido al reducto mezquino de su jaula. Apetotonaba su rozagante «paludamentum» (manto) en su contralida mano nerviosa secundando su pensamiento de ahogar a Roma.

—¡Roma, Roma maldita! —monologaba con voz sonora de metal grave y pesado—. Hace doce años que tuve la ocasión de apastarte, de sojuzgarte, de hacerte mi esclava, mi cosa, mi cachorrillo castrado que tiene figura de león sin fiereza, que tiene colmillos y zarpas de juguete, y no lo hice; me faltó la decisión, la temeridad, ¡a mí, que me sobró en el paso de los Alpes, y en cien batallas empeñadas! Dudé del empuje de mis huesos después de la dura campaña que me condujo a las puertas de esa ciudad odiada, temi que les fallase el vigor y desisti. No debía haberlo hecho. Roma estaba entonces desorientada, atemorizada, perpleja, y al alcance de mi mano. ¡Aquel instante de vacilación me ha costado doce años de inútil espera, doce años de vergonzosa inactividad, retirado en Capua, casi acorralado como un centurio novato.

Aníbal se detuvo jadeante de

coraje, volviendo su cabeza que no conoció jamás el peine; en un gesto altivo que le era habitual para clavar bruscamente su pupila espantable de ciclope en los cinco centuriones fieros que le rodeaban.

Estos no temblaron, estaban acostumbrados a resistir la furia de aquel ojo solitario que las batallas habían tenido que respetar.

¿Qué pensamiento acababa de iluminar la testa del coloso. Este se sacudó en cuatro sacudidas al más alto de los cinco soldados y bramó, con los brazos tendidos a lo largo de su cuerpo y los puños crispados contra los muslos torbustos:

—¿Qué noticias hay de Cartago?  
¿No llegaron todavía los soldados?

—No, general —replicó el guerrero, inmóvil y áspero—. Pero, en su defecto, ha llegado un hombre.

—¿Un hombre! ¿ois?, ¡ha llegado todo un hombre! ¡Malditos senadores de mi Patria! ¿Qué pretenden que haga con un solo hombre, cuando necesito legiones enteras para combatir la cervis orgullosa de Roma? ¿Quién es ese hombre?

—Un mercader, general.

—¿Un mercader!

Anibal pronunció esta frase breve con sarcasmo doloroso y amenazador.

—¿Qué quiere ese hombre? ¿Qué quiere?

—Hablar contigo.

El coloso hizo un movimiento rápido de cabeza, que el oficial entendió sin necesidad de ilustrarla con una sola vez.

Y desapareció un instante para regresar en compañía de un hombre minúsculo, insignificante, encorvado, de aspecto medroso y ojos taimados y avaros, quien acercándose a Anibal se arrodilló humildemente, agachando la cerviz.

—¡Mirame! —le ordenó el general, imperioso y brutal.

El anciano obedeció. Cuando Anibal hubo sondeado sus pupilas vivaces, flameantes, inquietas, socarronas y astutas se serenó. Talento poderoso, acababa de descubrir que aquel hombrucillo, que aquel mercader, que no pesaría más allá de ochenta libras, poseía un sobrehumano poder.

—No me interesa tu nombre —le dijo—, pero si las noticias que me traes de Cartago. Habla.

El mercader hizo un signo inteligente. Anibal adivinó que el mensajero de su Patria no quería

hablar ante testigos, y ordenó a los cinco centuriones que se retirasen. Luego se sentó en una silla curul, repitiendo secamente:

—Habla.

El anciano se puso en cuclillas y empezó con palabra sumisa y fácil.

—Cartago no quiere despendir más dinero en guerras; el Senado está cansado ya de presupuestos ruinosos. Tú bien conoces a los de tu raza: lo que apetecen es trabajar, que no pelear. Cartago se siente orgulloso de ti y confía que sabrás cancelar los litigios que tiene empeñados con una política cortera, y hábil diplomacia. Los senadores creen que es preferible que emplees la astucia a los gladios, que trates de vencer a Roma destruyendo su alma y su espíritu, mandando allá a hábiles espías, que al tiempo que te tengan al corriente de todos sus movimientos internos, sobornen a los pusilánimes y a los cobardes con dádivas generosas. Quizá así logres apoderarte de Roma sin el menor esfuerzo.

—¡El alma romana, el espíritu de Roma! — se mofó con menosprecio ignorante el salvaje general—. No hay en Roma alma ro-

mana, sino sólidas murallas y mucha carne a defenderlas; y para acabar con esto me hacen falta hombres, muchos hombres y galeras llenas de dinero... ¿Que los senadores están orgullosos de mí? ¡Ah! Ello no significa nada nuevo ni extraordinario. Se necesitaría ser loco, o idiota para darme de mediocre; he derrotado a todas las legiones que Roma ha lanzado contra mí: venci al cónsul Publio en las márgenes del Tesino, al cónsul Sempronio a orillas del Trevia, a Flaminio en el lago Trasimeno. He obligado a Roma a instaurar la Dictadura, su supremo y secular recurso en las horas decisivas de su vida, con Fabio Cunctator a la cabeza. Luego venci a los cónsules Varron y Paulo Emilio, matando a este último en la batalla de Cannas, dejando en el campo a cincuenta mil romanos tendidos. ¡Bien supongo que el Senado cartaginés ha recibido los tres modios de anillos que recogí de ellos en el campo de batalla! Se los remití para darte fe de mi victoria. Y ahora dicen que no hay dinero y que venza a Roma en su alma y en su espíritu! Vê al Senado de Cartago y pregunta a los fantoches que lo pueblan cómo se



hace para luchar con el aire, porque yo aprendí a contender con los hombres. Lo repito, no hay espíritu romano, Roma no tiene alma. Roma no tiene más que legiones, que yo aniquilaré si me dan los medios que necesito y que les he pedido a los senadores del otro lado del mar.

El mercader no respondió una palabra, casi no respiraba; sospechaba que el general tenía todavía algo más que decir.

Anibal se estrujó la barba y luego prosiguió:

—¡Soldados, fuerza, empuje es lo que falta para derribar las puertas de Roma! Doce años hace que estoy pidiendo refuerzos a Cartago, doce años de espera inútil. He temido que retirarme a Capua para que no me aplastasen, esperando siempre esos refuerzos. De, pues, ¿en qué pasa el tiempo el Senado de Cartago?

El anciano hizo una mueca astuta parecida a una sonrisa esceptica, y replicó:

—Los senadores de tu Patria tienen mucho que hacer en sus haciendas particulares. En el Senado de Cartago la única cosa grande que suena es tu nombre. No te enviarán refuerzos.

El ojo de Anibal flameó un instante con orgullo.

—Pero yo he jurado odio eterno a Roma y no abandonaré esta tierra sin haber destruido su poder. Sacrifique a la mitad de mis legiones en el paso de los Alpes para poder llegar hasta sus puertas y los Dioses no querrán que sea en vano. Cartago no sabe lo que se juega con su indiferencia; no es tan clara su situación; mi hermano Asdrúbal lucha contra los romanos en España con escasos medios y poca fortuna; yo estoy aquí desamparado. No es imposible que Roma pueda aplastarnos a todos. Me falta dinero, las provisiones escasean, el malestar cunde entre mis legionarios, que conspiran incesantemente cansados de ver transcurrir el tiempo sin percibir un solo talento. No puedo pagarles.

—Prueba a destruir a Roma con la astucia. Envía espías a la ciudad; he venido para ayudarte en ello.

—Mi fuerza radica en el pillum (pica), pero si no me dejan combatir a Roma como un soldado lo haré como una culebra. Te presentaré a mis hombres de confianza, organiza el cuerpo de espías y

tenme al corriente de cuanto ocurra en esa maldita ciudad.

—¿Tienes algún romano renegado de tu confianza?

—No; es cosa rara que no se haya ofrecido ninguno, deslumbrado por las promesas que les he mandado hacer. Pero, no importa, mis ejes (caballería) realizan constantes correrías por toda la península y traen prisioneros que no será difícil apobmar.

—Una mujer hermosa nos sería de inapreciable utilidad.

Inclinada esta habilidad de viejo zorro originado en consejero del noble león, el mercader se incorporó para tomar el camino de la puerta. Pero hubo de detenerse al sonar afuera una barahunda brutal.

Aníbal se precipitó a la salida de la tienda. Los legionarios de guardia le escudaron. Un centurio vino fragorosamente a su encuentro. Tenía las facciones descompuestas por la más viva emoción.

—General, una parte de tus legionarios se ha insubordinado. Exigen la paga y mejor comida.

—¡Págalos con la espada! — contestó con incónica y foga sequedad el cartaginés. — ¡Y no vuelvas aquí más que para decirme

que ya no respira ninguno de los culpables!

Los sublevados estaban dispuestos a defender el derecho de sus protestas con la espada y poco después el campamento se trocó en un campo de batalla. Desde el interior de la tienda de Aníbal se oían los gritos furiosos de los rebeldes mezclados con las voces de mando de los centuriones. Chocaban las espadas recias y estevadas y se adivinaban caer las cabezas entre lagos de sangre.

Una hora después el mismo centurio que viniera a innovar a su general el comienzo de la sedición, volvía a levantar la lona de la tienda para comunicar, breve y preciso:

—Salve, señor: tu voluntad está cumplida.

No quedaba ni uno solo de los sublevados.

En la eterna ciudad de Roma retumbaba honda agitación. Para ella tampoco habían transcurrido en balde los doce años de cerco en que la tenía aherrrojada el tenaz general cartaginés. El Senado, consciente de las difíciles circuns-



tancias por las que pasaba el Imperio había decidido apelar al recurso supremo de la Dictadura elevando a su representación a Fabio Cunctator, quien trató inútilmente, de cansar a Aníbal con una serie de operaciones militares puramente hábiles consistentes en marchas y contramarchas para privarle de avituallarse.

Fracasado este plan, Roma había decidido rehabilitarse presentando batalla en España, en donde conservaba buena parte de sus posiciones conquistadas antes de la irrupción en ella de las huestes cartaginesas, enviando allí a dos generales hermanos, Publio, y Cneo Escipión.

Pero las victorias iniciales de estos se trocaron en fulminantes derrotas por la presencia en aquella península del fiero guerrero y aliado de Cartago, Masinisa, rey de Numidia, que acudió para prestar ayuda a las legiones de la República de allende el estrecho. Y ambos generales hallaron la muerte en dos batallas sangrientas.

Sin los escipiones, linaje de guerreros sabios y bravos, Roma se había visto obligada a encerrarse en el mismo bastiendo sus murallas con una masa heroica de cin-

cuenta mil legionarios dispuestos a morir.

Y el templo de Júpiter que elevaba su peristilo sagrado en la cúspide de la colina Capitolina, en el centro glorioso de la Roma de los latinos presidió el dolor amargo y el sacrificio cruento de las grandes gestaciones.

El Forum, a la vez mercado vulgar de monederos, domos/cor y crisol de las más fieras inquietudes políticas, bulla constantemente. Los desocupados y los mercachifles especuladores en poltriquerías de estofa inferior, apiñados en grupos apasionados con revoloteo de túnicas mugrientas de dura labor discuten sin interrupción. Se cuentan por número mayor los plebeyos, los humildes; sólo de vez en cuando pasaba una toga atildada, blanca de ociosidad sobre el hombro activo de un patricio, pisando las losas de la Vía lateral con roce sonoro de sus flamantes caligae (sandalias), y alguna matrona soberbia enfundada en su clámide airosa salpicada de fibulas (broches) brillantes, con brazos venusinos y caderas de ánfora, de paso hacia las tabernae (tiendas), adosadas donde más tarde había de levantarse, para ser pasto de

las llamas después, la bella basílica Emilia.

El Senado había prohibido llorar a las mujeres y ofrecido un sacrificio humano a los Dioses infernales para aplacar sus iras.

Los senadores vivían en constante polémica entre sí y se habían dividido en dos grupos adversarios: los republicanos de viejo cuño, surtidos en manejos egoístas y acomodaticios, que representaban el espíritu retardatario y conservador de los intereses materiales, y los jóvenes, los efebos audaces y combativos, exponente heroico del sentimiento renovador y revolucionario, el alma y la fe imperiales, las alas, en fin, y el orgullo de las águilas portentosas de la católica romanidad.

Así, la nave estatal daba bandazos terribles entre las olas gigantes de la juventud, que exigía la prestación de todos los valores para el resurgimiento de Roma, y las playas egoístas de sosiego de las senectud lasada, que fiaba en el tiempo la solución de los graves problemas que aquejaban al Imperio.

Un día, cuando más agria y empedrada era la disputa entre los dos grupos litigantes se había le-

vantado en la imponente severidad del Senado un masalbete, un niño casi de rasgos enérgicos y frente poderosa. Había mirado largamente y relatoramente al grupo de los conservadores y había dicho con voz de incipiente timbre varonil y con una energía que desde largo tiempo no se había oído bajo las bóvedas del palacio de los conductores del Imperio:

«Yo soy Escipión; pido que se me nombre pretor. Quiero ser el vengador de mi padre y del nombre romano».

Entre los ancianos se hizo un movimiento instintivo de azorada defensa y una explosión incontenible de volcánico entusiasmo entre la juventud.

Todas las miradas se habían posado en el intruso, ante cuya presencia aumentaron su estapor, bien que no disminuyeran el sentimiento vivo de recelo. No contaría más allá de diez y seis años y era apolíneo, vigoroso y armónico como una estatua viviente; su hermosa testa erguida sin orgullo, pero con fiera dignidad, era síntesis superada y expresiva del romano olímpico y moral. Se adivinaba bullir en ella un caudal de ambiciones e ideas cuyas consecuencias

era difícil prever; lo atestiguaban su boca diminuta replegada enérgicamente bajo una nariz ligeramente aguilena, su quijada fuerte, su frente ancha, tecta, en la que la gran prominencia de los arcos superciliares, distintivos vigorosos de su raza, proporcionaban a sus ojos el centelleo de una brasa inextinguible brillando en lo profundo de un lago transparente, cosa que aumentaba la palidez intensa de su tez de atormentado intelectual.

Era Publio Cornelio Escipión, hijo del general Publio, muerto en las guerras de España contra los cartagineses, y que, más tarde, había de ser conocido por el sobrenombre de «El Africano».

La juventud, no sólo senatorial sino popular, adivinando sus dotes de político y guerrero, se había agrupado entusiasmada a su alrededor apoyándole con sus votos y logrando que, aun sin tener la edad reglamentaria para obtener el consulado, le fuese concedido el mando de las legiones que luchaban en España. Y Escipión había batido con éxito a los cartagineses, captándose la simpatía de los españoles con actos de magnanimidad como aquel en que, habiendo

hecho prisionera a una esclava de desdumbradora belleza, prometida al celibero Alceio, llamó a éste a su presencia y entregándole la joven, le dijo: «Recíbela de mis manos tan para como salió de su techo paterno; en recompensa sólo te pido amistad para el pueblo romano».

Y habiendo apatizado ese proceder con una expedición al África se ganó la sumisión de todos los reyes nómadas y con ellos Masinisa que volvió las espaldas a los cartagineses.

Cuando su fama despertaba ya los entusiasmos más recónditos del alma popular, un día el Foro apareció rebosante de una abigarrada multitud. Plebeyos y patricios, matronas, esclavos y libertos se apiñaban ante la puerta monumental del Senado.

Escipión había llegado de África y corrían de boca en boca las fantasías más exaltadas sobre su genialidad.

Los senadores se habían reunido para escucharle y se esperaba el resultado de la sesión.

Confundido entre la multitud vagaba un hombrecillo de ojos astutos, de barba descuidada bajo una sonrisa inextinguible.



Caminaba lentamente, observándolo todo con disimulo e interrogando amablemente a quienes por su aspecto creía que podían informarle, o darle sugerencias para lograrlo, sobre algunas noticias aparentemente banales que eran de su mayor interés.

Ese sujeto, diminuto y sacurridino como una anguila, era el mercader de Cartago que hace un momento hemax visto gonuflax a los pies de Anibal, el cual había logrado introducirse en Roma valiéndose de las artes diabólicas de su redomada astucia y de su temeridad.

Paróse ante el Senado y fingiendo ser un romano más se dispuso a esperar con paciencia estoica de patriota la triunfal salida del famoso Escipión.

En el interior del edificio la sesión había empezado y las tribunas consulares aparecían atestadas de senadores.

En medio de gran expectación, Escipión se levantó para hablar, ocupando la tribuna con gravedad. Ya no era el jovencuelo de aquellos días de prueba y de incertidumbre en que sus razonamientos chocaban con la sonrisa indulgente y superior de los hombres maduros. Se había transformado

en un joven gallardo y arrogante; su frente parecía más severa y en su mirada había el sosiego firme de una voluntad madura templada en la experiencia.

Su voz sonó dominando todas las voluntades.

—Anibal juró odio mortal a Roma, yo juré vengar a mi padre y rehabilitar el nombre de mi Patria. Para acabar con Roma, Anibal concibió la audacia de venir personalmente a escalar sus propias murallas; para vengar a mi padre y glorificar a los romanos yo pido a este Senado que me permita ir a Africa y atacar a Cartago cara a cara para acabar con ella.

Los senadores jóvenes prorumpieron en un clamor entusiasta.

—¡Salve, Escipión!

Por el contrario, los politiquillos que debían su posición y sus gajes a la ausencia de hombres de valía en la oposición, al ver prendida a la juventud en la aureola prestigiosa del joven general, acogieron su iniciativa con frialdad y recelo, temiendo que una vez posesionado de la fuerza y de la voluntad de Roma les echase del poder.

El anciano Fabio pidió la palabra para impugnar:

—Escipión, ¿acabas de regresar

de Africa y proyectas ya volver allá? ¡Eras romano y no africano!

—No importa lo que yo sea, sino lo que sea Roma —replicó el joven sin rencor—. Y yo digo, que mientras Cartago aliente, aquella puede convertirse, en el momento menos esperado, en una colonia suya. No olvidemos que Asdrúbal nos enfrenta todavía sus legiones en España, y cada día que transcurre se afirma más en mi corazón el temor de una cosa que sería profundamente desgraciada para Roma: y es la de que pudiese venir aquí a prestar ayuda a su hermano Aníbal. Si nos decidimos a presentar una batalla decisiva a las propias puertas de Cartago, tocaremos dos beneficios inmediatos y posiblemente decisivos: el de llevar la guerra fuera de nuestro suelo y el de atraer a ambos hermanos que nos dejarían libres lo mismo aquí que en España.

El plan de Escipión se fundaba en una lógica irrefragable y los senadores, a pesar de ser duchos en el arte de la retórica, no osaron apechugar con el ridículo trueno de contra opinarle, limitándose a terminar la sesión con palabras timidas de reserva y promesas más o menos veladas de estudiar el gigantesco proyecto.

Escipión salió del Senado rodeado de la juventud, que le idolatraba. Un «¡Salve, oh, Escipión!» le saludó en la multitud como el bramido de un bosque frondoso en vísperas de tempestad. El gentío que lo esperaba se arremolinó contra el Senado para poder contemplarle mejor.

El joven general subió a la Rostra (tribuna de los oradores), y habló:

—Las virtudes de Roma han triunfado por encima del terror, del escepticismo y de la traición. El ejercicio de cada virtud merece una recompensa después que ha llenado su objetivo. Sería, pues, un desprecio imperdonable que alguien tratase de escamoteársela una vez que os habéis hecho acreedores a ella; y yo me propongo dar al pueblo romano su recompensa: terminar la guerra y terminarla con victoria y honra, clavando el gladius en el corazón mismo de Cartago. Así he hablado al Senado, pero éste titubea; yo, sin embargo, tengo fe en vosotros y la seguridad de que cambiareis su actitud y trocaredis sus dudas suicidas por una determinación valiente y entusiasta. No se puede pensar en la paz cuando nuestros enemigos



ansian la guerra para sojuzgarnos. Quiero volver a Africa y si el Senado me niega los hombres y las armas, vosotros me los daréis. ¿Vota, pues, el pueblo romano por la guerra contra Cartago?

Una fronda de manos tendidas cubrió el espacio y un murmullo que parecía una oración inmensa estremeció la flama perpetua y solitaria de la Virtuosa Vesta en su pequeña rotonda columnada.

—¡Salve, oh, Escipión!

La voluntad del pueblo estaba de su parte.

El astuto mercader de Cartago, copia de Anibal, buscó la salida de la ciudad para regresar a Capua. Había oído bastante.

...

A pesar de las frecuentes incursiones practicadas por los legionarios de Anibal en las diversas ciudades diseminadas por todo el territorio romano, la vida en ellas no había dejado de sonreír, singularmente allí donde tenía asiento la juventud y el amor.

Aquel día la hermosa Vellia tenía los grandes ojos azules circundados por un halo más triste que el habitual. Su amado prometido,

bravo centurión de las legiones romanas, se hallaba ausente y la casa tenía ese desamparo y ese sonido hueco que ofrecen los palacios encantados cuando pierden el príncipe libertador.

El pequeño Furio, su hermano, tierno lazaro de hermosura, de inocencia e inteligencia precoces, había procurado atraer a su amada hermana al peristylum en el que las albas columnas estriadas, el placido glu-glu de la fuente y las hojas nadadoras del Loto sagrado invitaban a la alegría del corazón.

En la antigüedad romana el peristylum equivalía a nuestro jardín-patio, y más propiamente, al típico patio español. Estaba situado en el centro de la casa, al abrigo de miradas indiscretas, y por su forma, por su decoración en la que no faltaban las elegantes pinturas murales, constituía el lugar predilecto de la casa en el que no pocas veces se iban a disipar los negros celajes del espíritu que la lucha diaria acumulaba en el hombre sin cesar.

Vellia se había reclinado en el diasecillo de mármol, que vertía, en una perpetua y graciosa nieblación, las aguas puras de su cuerpo con pagano impudor.

Furlo, sentido en los bordes marmóreos de la plexina de plata sonora, poniendo en juego todas sus deliciosas y encantadoras inocencias había logrado hacerla sonreír.

Y Vella había devuelto a sus facciones de luz el encanto fascinador de su insólita hermosura. Porque era fama, que en ninguna parte de los vastos dominios romanos se encontraba otra mujer que pudiese competirle en sus gracias. Ni sus brazos ebúrneos, ni sus hombros divinos, ni su elegancia exquisita, ni la gracia arroba-dora de sus mohines podían tener rival, a menos de ser este el sueño de un poeta genial inspirado directamente por Dico.

Sus facciones eran tan finamente labradas, había tanta fluidez en la comba de su frente de mármol, tanta delicadeza en los arcos su-pracejales de fino pelo aureo, era tan rica y alada su cabellera de diminutos tirabuzones y tan tristes y soñadores sus grandes ojos de azar que bien pudo haber sido la precursora de aquellas Madon-nas, que, muchos siglos después inmortalizara en el mismo suelo Rafael.

Roma estaba representada en

esta estatua viviente en la doble virtud de su belleza y de su gran-deza espiritual.

Al sonreír a su hermanito se ha-bría dicho que el geniecillo inani-mado en que se apoyaba esperaba recoger con avaricia las perlas que centelleaban entre el doble rubí de sus labios.

De pronto se volvió, sin perder su actitud de escultura alada, alarmada por un griterío desgra-rador proveniente de la calle. Nuestra matrona, debido a la circunstancia propia a entrar prontamente en alarma, hizo ac-ción de dirigirse hacia la puerta para ver qué ocurría, cuando al fondo, en el marco que formaba el vestibulum, cuadrilátero inme-diato a la entrada a la casa, vió aparecer un puñado de guerreros en actitud cautelosa, semejantes a furias escapadas del Averno. Los soldados de Anibal habían caído sobre la ciudad, y atrídos por el aspecto auntuoso de la mansión de Vella se disponían a hacerla ob-jeto de su rapina.

Eran eques a jugar por el sa-gum (pantalón), con que cubrían sus piernas fornidas. Sus brazos potentes, como extremidades de gacila, temblaban de fatiga y bri-

llaban de aúder. Al ver a la hermosa matrona se habían detenido como si el resplandor de su hermosura les hubiese deslumbrado.

Velia conocía aquellos rostros odiados y todavía más el alma que los guiaba, y consciente de la fascinación que sus gracias ejercían en los hombres se vió perdida. Habría sido pueril esperar que aquella horda que vivía para el saqueo y la violencia se limitase a llevarse el oro y la plata de la casa. Echóse, pues, sobre su hermano para cogerlo y escapar, si ello era posible, pero sólo tuvo tiempo de rozarle la pequeña mano aterrorizada, pues los cartagineses se habían precipitado a su vez sobre ella reduciéndola y llevándosela entre riostadas salvajes y soccos comentarios. ¿Qué botín podía compararse a esta prisionera que no podrían igualar las Dianas? Aníbal les recompensaría espléndidamente la proeza.

La hermosa Velia, entre los brazos robustos de su raptor, creyó enloquecer de desesperación oyendo los gritos desgarradores de Furio que la llamaba desde el saguán.

Cuando anunciaron a Aníbal la llegada de sus aques trayendo

botín y prisioneros, se hallaba des-pachando con el mercader que le informaba de cuánto había visto y oído en Roma.

—Se trata de Escipión, el hijo del último general matado por tus soldados en España. Es arrogante y por su herencia y sus proyectos deduzco que será un enemigo terrible. Quiere atacarte aquí y después en África. Roma bulle de entusiasmo. No está decaída como tú suponías.

—¡Escipión! —rugió Aníbal con desprecio— ¿Que Roma no está decaída? ¿De qué vive, pues, Roma? ¡Necesito hombres y si me los niega Cartago los pediré a mi hermano Asdrúbal!

La reacción fantástica de su odiada enemiga era para el rudo guerrero, hecho para atacar la materia, tema de los más desproporcionados juicios. Había manifestado repetidas veces que eso del espíritu de Roma era una pura quimera; Roma no poseía más que legiones a las que se necesitaba oponer una fuerza numérica mayor, o bien una estrategia superior que encontrase el apoyo de los Dioses. En el cerebro de Aníbal las sutilezas de una superioridad ética romana resbalaban en terre-



no baidio. Su talento sólo era capaz de hallar las supremas soluciones en el fragor de la pelea y entre mares de sangre.

El soldado de guardia en la tienda levantó la lona que hacía las veces de puerta para dar paso a un centurio todavía jadeante.

Anibal, furioso, le cortó la palabra con un ademán violento, rehusando recibirla. Era el oficial que había mandado a explorar el lago. El general estaba exasperado y no quería oírle. Pero el centurio se atrevió esta vez a desobedecer al coloso, alno precisamente para hablar, con el propósito, por lo menos, de no retirarse sin que su general se hubiese enterado de lo que venia a notificarle. Tan importante debía ser, que sin necesidad de pronunciar una sola palabra, limitándose a hacerse a un lado, consiguió que Anibal cambiase totalmente la fiera expresión de su rostro para dilatar su terrible pupila solitaria en un éxtasis que no conoció jamás.

Vella se hallaba ante él, y el centurio que la había presentado se retiró con sonrisa triunfal, diciendo con naturalidad:

—Mi prisionera, general.

Anibal hizo un signo impaciente

y vago al mercader, que desapareció, y aprovechando la actitud de la mano añadió una señal casi caballeresca con la que invitaba a Vella a entrar en la tienda.

El Agalla sinistra y fosca había quedado deslumbrada ante la inocencia nítida y alba de la pacífica paloma.

Al verse sola ante aquel gigante barbado y espantable, Vella no pudo dominar un gesto instintivo de terror y repugnancia, pero se dominó, entrando altiva y digna.

Anibal la miró largo rato sin despegar los labios como si quisiera aprovechar esta ocasión única para bañar su alma embrutecida de guerrero y ambicioso conquistador en el nimbo de luz que irradiaba aquella estatua de carne. ¡Símbolo palpitante de la Beldad venciendo a la Fuerza!

El rudo soldado, que en su vida había dedicado un pensamiento dulce al amor, despertaba ahora de su profundo letargo sentimental por el milagro de Vella.

Vencido el primer deslumbramiento logró coordinar las ideas y todavía le dominó el sentimiento de soldado, y por encima de él, de su odio hacia Roma. Tenía ante sí esclava suya, a una mujer de

sin par belleza, cuyo destino estaba en sus manos y que no podría desobedecerle fuese cualquiera la disciplina a que la sometiese. Excelente ocasión para hacerse con una espia poderosa, como le había aconsejado el mercader, y socavar todas las resistencias de Roma. Los Dióscos estaban dispuestos a secundarle proporcionándole el más eficaz instrumento para sus deseos.

Si los legionarios hubiesen podido contemplar a su general frente a Vella, se habrían horrorizado. Anibal trataba de sonreír.

Quería aparecer ante su hermosa prisionera como un modelo de gratitud y de galantería. Nunca se le había ocurrido pensar en lo espantable que debía ser su rostro con un solo ojo hasta este momento y habría sacrificado gustosamente una mano a cambio de la reposición del ausente.

—¿Eres romana? — pudo articular al fin, casi con dulzura.

—Sí — contestó orgullosamente y secamente la joven.

—Tu nombre.

—Vella.

—No lo olvidaré jamás — aseguró el general cartaginés con una inflexión de voz indefinible. Y

esto debe maravillarte, porque es mi debilidad olvidar fácilmente todas las cosas que no tienen una relación más o menos directa con la guerra.

Anibal, hombre inteligente y hábil al fin, adulaba la vanidad femenina de su prisionera, convencido de que al hacerlo preparaba la fortaleza para su capitulación.

—Eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida, y he visto mujeres; en estos momentos al mirarte y sentir deseos de echarme a tus pies, yo, que no he visto más que pobres diablos con la cerviz inclinada ante los míos, estoy pensando que tú eres capaz de lograrlo todo.

Vella, que había vuelto al completo dominio de sus sentimientos y dedicado un pensamiento amoroso a su idolatrado prometido, dispuesta a jugarse la vida en aras del honor, escuchaba al guerrero con concentrada atención y no habría sabido definir por qué, pero presentía que le iba a proponer una monstruosidad.

El cartaginés prosiguió, tierno, tan tierno que había casi logrado convertirse en otro hombre:

—No sé si tengo necesidad de



decirte que soy Anibal. Hace doce años que lacho con legiones numerosas y aguerridas para lograr una cosa que estoy seguro de que tú conseguirías en pocos días: ser el dominador de Roma. Vella, hay montones de oro para ti, hay el poder de Cartago a tus pies, hay mi admiración rendida... introducirte en Roma, seducir al centurión, o a los centuriones encargados de la defensa de las murallas e inducirlos con tus sonrisas, que adivino irresistibles, y con tus promesas, que deben estremecer, a descuidar la vigilancia de la ciudad, sería una obra que mi República pagaría a precio excepcional.

Vella había comprendido la proposición de su raptor. Terció la fina y diminuta boca en un mohín de altivo desprecio, y dijo con energía:

—¿Me pides que haga de espía?

—¡Si, si, eso es! — se apresuró a contestar Anibal con la llama de la esperanza, demasiado prematura, prendida en su pupila enorme.

—¿Has oído bien cuando hace un momento te he dicho que soy romana?

—Si, lo he oído bien.

Las facciones del general cartag

gínos se cargaron de estupor y de expectación al oír que esta réplica de Vella sonaba a temple, firmeza e irónica extemporaneidad. Sus dudas no habían de prolongarse mucho, pues la hermosa matrona reprendía:

—¡Ya es osado suponer que un romano pueda llegar a ser espía de Roma!

Anibal enrojeció, confuso.

—No es una cosa completamente nueva: los mejores espías han sido siempre los que han trabajado contra su propio país.

—Eso será en Cartago, no en Roma.

—Vella, piensa en el oro...

—Por todo el oro del mundo no sabría hacer otra cosa que morir por Roma.

Anibal, poco habituado a verse discutido, se acercó a Vella con aire amenazador y bramó:

—Escoge entre Roma, o la muerte!

—La muerte — declaró la joven, simple y resueltamente.

La serenidad con que fueron pronunciadas estas palabras estremeció al fiero guerrero.

Por no se sabe qué resortes del espíritu, Anibal entró en la con-

viación de que aquella matrona excelsa era una mujer más fuerte de alma que las murallas de Roma y que toda tentativa de reducirla sería, no solamente vana, sino ridícula. Se imponía, pues, dejarla en libertad y al efecto llamó a un centurión.

Mas, en el momento en que iba a darle la orden de conducir a Velia fuera del campamento sintió como si un poder oculto le cerrase los labios, o le oprimiese la garganta. Profundizando rápidamente esta brusca y desconocida sensación en lo hondo de su alma ruda adivinó que radicaba en el corazón y comparó, en una visión fugaz y luminosa, el extraño y turbador fenómeno que debían experimentar el galeote y el esclavo en el momento de ser cerrada la puerta de su reducto privándoles de la luz.

Entonces, ¿era el hecho de ver partir a la virtuosa romana el equivalente de toda su turbación y su dolor? ¿Es que Velia era ya algo entrañable e indispensable en su vida? Después de haberla visto le sería ya imposible vivir sin recordarla y, quien sabe, si sin desearla. ¿Qué bello sería saberse admirado con ceguera amorosa por semejan-

te mujer, guerrear por ella, sentir su sed de gloria, de conculata y de poder para deslumbrarla y poder contemplarla desfalleciente de admiración! ¿Qué se debía hacer para ver sonreír a una mujer así? Experimentó unos deseos terribles de contemplarla completamente feliz... Si, había hecho bien en llamar al centurión; él mandaba allí. Velia, al fin y al cabo, era su prisionera, y él había hecho una firme determinación...

—Instala esa mujer en mi habitación. Es mi prisionera de honor. Cualquier deseo suyo es una orden con tal de que no sea el de huir. Guárdala bien y me respondes de ella con tu cabeza.

La hermosa matrona, pues, quedaba como rehén en el campamento cartaginés, con pocas probabilidades de recobrar la libertad, ya que el único hombre que podía proporcionársela había de ver agigantarse en su pecho una pasión fuerte y dominadora que le llevaría a retenerla como su propia vida.

Desde aquel día, Aníbal quiso soledad; a un corazón grande corresponde una pasión mayor, y el de nuestro general tenía capacidad sobrada para contener las formi-

dabais convulsiones que necesitan el solloquio y el alarimiento.

Velia pasó a ser su obsesión perenne, su pensamiento único y vital. Su figura blanca y hermosa discurría constantemente por su retina y se le antojó que por un milagro insospechado de luz su pupila muerta miraba y vela también la alada aparición de la virtuosa romana, adquiriendo un poder sobrenatural.

Si Velia llegase a obedecerle, a quererle como lo hacen las mujeres por amor sería el más feliz de los hombres, y quien sabe si tan grande afecto ahogaría su profundo odio antirromano.

Y es que ahora, en la serenidad y la calma de la reflexión, Anibal no sabía ya si admiraba más la belleza corporal de Velia, que la pura virtud de su alma. No lograba borrar de su mente aquel gesto heroico de menospreciar dones tan tentadores para una vanidad de mujer como los del oro y el poder de dominar las almas. Y todo, ¿por qué? Se habría comprendido una actitud de irreductible fidelidad a la Patria a un centurión, incluso a un simple legionario, seres que tienen contraída con ella una deuda de ciega fidelidad, un jura-

mento sagrado en el que empeñan la vida, pero en una mujer que vive su vida placida en sí y para sí, no, eso no. No podía comprenderla, aunque su gesto le maravillase llenándole de admiración; de doble admiración por la grandiosidad de esa otra faceta virtuosa de su renuncia, esto es, que si Velia hubiese sido una de tantas almas vulgares en que la honestidad y la lealtad son una mera decoración que borra la menor circunstancia adversa, habría podido fingir que aceptaba su proposición y aprovecharla luego para escapar, quedándose en Roma y delatar su nueva táctica sorda. Pero, no, ella había rehusado noblemente, lealmente; no cabía, pues, en su alma acrisolada una sola rendija por la que pudiese filtrarse el deshonor y la traición.

Y, sin embargo, era romana, era hija de esa Roma odiada y altiva, y como tal, y por encima de todas las consideraciones, su prisionera, su cautiva peligrosa.

¿Su prisionera? ¿Por qué, pues, no había ordenado que la trataran como a tal? Fue al hacerse esta reflexión cuando se dió cuenta de que el hecho de instalarla en su misma tienda, allí, casi a su lado,



había sido la obra de una voz subconsciente, reflejo de sus sentimientos de hombre más que de sus deberes de guerrero y mucho menos de su arrogancia de general cartaginés.

Y todavía tuvo que extrañarse de que la imagen de Vela no le abandonase ya más su pensamiento a partir del instante en que la conoció, sustituyéndole y enturbiándole su odio inveterado hacia Roma.

...

A Asdrúbal, primer hermano de Aníbal, encargado de mantener el poder de Cartago en Iberia, la rica y hermosa península que más tarde había de llevar el nombre de España, le acababa de llegar el supremo grito de socorro de su hermano. El cónsul romano Nerón le acosaba en Capua con numerosas legiones.

Comprendiendo que había llegado el momento decisivo de correr en su ayuda, reunió sesenta mil hombres y partió, dejando las guarniciones de España bajo el mando del otro hermano, Magon, el más pequeño de los Barca.

Lanzóse con su ejército al Ebro,

pasó los Pirineos y arrollando a Escipión llegó a los Alpes.

Roma entró en otra fase delicada de su empeñada lucha con Cartago, comparable a aquella que sucedió a la pérdida de la batalla de Cannas: en la parte meridional la acosaba el fiero león cartaginés y, por los Alpes, Asdrúbal perfilaba los yelmos de sus temerarias legiones.

Pero, otra vez surgió el espíritu romano. Nerón, que estaba frente a Aníbal, abandonó secretamente el campo, reuniéndose con Escipión y, juntos, presentaron batalla a Asdrúbal.

La lucha fue sangrienta y épica. Los cartagineses, duros y bravos, lucharon como titanes; pero los romanos, más numerosos y animados por el coraje que proporcionan las horas decisivas de la Patria, se batieron con ímpetu tal que pocas horas después de empezada la batalla el ejército cartaginés estaba totalmente destrozado y Asdrúbal prisionero.

Había decidido la victoria el hecho de que los romanos pudieran interceptar los correos de Asdrúbal, en los que éste avisaba a su hermano de su llegada. Esto había impedido el que Aníbal acu-

diese en su ayuda, cambiando, quizá, el curso de los acontecimientos.

La batalla había tenido efecto cerca de Metauro.

Con esta victoria, Escipión dejaba a Cartago en difícilísima situación en España y podía empezar a pensar definitivamente en su sonada empresa de acometer al Imperio rival en su propio suelo de África. Había eliminado a Asdrúbal y con ello la posibilidad de que nadie pudiese enviar refuerzos a Aníbal. No ignoraba que quedaban, todavía, en España su último hermano y en África Cartago; pero ello no era óbice para entrar en pesimismo ni temores. El primero tenía harta preocupación para sostenerse en Iberia, entre el acero de los romanos y la hostilidad de los naturales del país; en cuanto a la segunda, era lógico suponer que no se decidiría ahora a ofrecer a su general lo que en el curso de doce años había venido negándole sistemáticamente.

Además, contaba con una fuerza imponderable y frecuentemente decisiva: el entusiasmo de la victoria y el empuje de la ofensiva.

Mientras tanto, Aníbal, ignorante del desastre que había sufrido

su hermano, trataba de explicarse los motivos de su tardanza. Su temperamento se había agriado terriblemente: a la impaciencia natural, a la sed abrasadora de acabar con Roma y a la esperanza de realizarlo con la ayuda valiosa de los elementos que le trueria su hermano, se unía en su pecho el volcán abrasador de un sentimiento dulce y terrible a la vez: el amor a Veia.

Se había enamorado de ella locamente y al comprobarlo le parecía imposible que toda su ambición, que sus victorias y sus derrotas para convertirla en realidad, no habían logrado despertarle en sus etapas alternativas la felicidad intensa e inefable ni el dolor vivo y desgarrador que experimentaba ahora cuantas veces contemplaba a Veia, y al hablarla, ésta parecía encucharle complacida, o bien pensando en ella se imaginaba perderla para siempre.

Insensiblemente había ido olvidando su propósito de utilizarla como espiá de su propia Patria, sustituyéndolo por el de persuadirla a quedarse con él y corresponder a sus sentimientos.

Pero la hermosa romana se mostraba altiva e inflexible, y no se



recataba de exteriorizar el odio irreconciliable que le inspiraba como hombre en el terreno pasional y como enemigo de su Patria en el de raza. Y replicaba con palabras del más duro desprecio a sus insinuaciones de rendido enamorado.

Convulsiones terribles y frageosas en el corazón y en el cerebro del titán, pasiones grandiosas y furiosas, que se amontonaban atropellándose para terminar en un torbellino que le obligaba a apoyar su cabeza en la mano nervuda para no desfallecer. Eran dos grandes pasiones de su vida que se revolcaban en el más absoluto frasco: el odio hacia Roma, que no había podido sojuzgar, y el amor hacia Vela que se estrellaba en el desprecio. Los dos polos de su vida aprisionándole en medio sin compasión.

En ese atardecer otoñal se pasaba nerviosamente por el interior de su tienda, preso de la angustia de tan contrapuestos sentimientos. Los centuriones veían su profunda tragedia invisible con su actitud sumisa y respetuosa. Por los intersticios de la abertura de entrada a la tienda se filtraban los últimos hilillos

áureos del sol caminando al ocaso, con su cohorte de luz que, en Italia, es una pura e inasequible manifestación del infinito arte de Dios, derrochando una belleza que la retina humana es impotente para absorber.

—Confío en que mi hermano no tardará en llegar —decía y repetía el general cartaginés—. Estad atentos, no perdáis de vista el campo enemigo, cualquier fragor anunciará su llegada y entonces será preciso ir a ayudarlo a romper las filas enemigas...

La presencia de una figura leve e imperceptible como un suspiro, que acababa de penetrar en la tienda, hizo que Anibal interrumpiese su monólogo y exclamase, precipitándose hacia el recién llegado:

—¿Hay noticias? ¿Ha llegado algún emisario? ¡Dí, habla!

El astuto mercader, que no otro era el que había entrado, no esperó a que el impaciente general viniese a su encuentro y se le adelantó para decirle:

—Sí, ha llegado algo.

Y tendió a Anibal un lie envuelto en una tela azul. El general, antes de mostrar la menor preocupación por el paquete que acababa de re-

cibir, clavó su único ojo en el hombrecillo, escalofriándose de ver que sus mejillas estaban profundamente pálidas y de que sus ojillos, habitualmente fosforescentes de astucia y sagacidad, expresaban un trastorno profundo.

Luego, con la brusquedad propia de su naturaleza ruda y violenta, levantó el trapo que cubría el objeto. Ante su pupila dilatada y perpleja apareció una cabeza humana cortada de cuajo y todavía sangrante.

—¡La cabeza de mi hermano!— sólo pudo articular, con una especie de rugido bronco que nada tenía de humano.

El mercader hizo un signo afirmativo.

Aníbal, presa de súbita convulsión, dejó caer la repulsiva cabeza al suelo, y, durante breves momentos, la contempló en silencio, aborrido, como idiotizado. Si no cabía duda alguna, aquella cabeza era la de su hermano Asdrúbal, el portador de refuerzos, su última esperanza para aniquilar a Roma; el que esperaba oír llegar entre fragor de batallas y clamores de victoria, yácta allí, mudo, en forma de muñón informe y sanguinolento, había alcanzado Capua, solita-

rio, en una infame mofa, convertido en una carroña pestilente y repulsiva.

Logró levantar la cabeza y mirar al mercader, al que interrogó con un gruñido sordo y temible:

—¿Quién ha traído esto aquí?

—Ha llegado, general. Una mano invisible lo ha arrojado al campamento desde el lado enemigo.

Aníbal se lo imaginó todo. Asdrúbal se dirigía en su socorro desde España y había sido sorprendido por los romanos, derrotado y hecho prisionero. Y Roma, monstruosa y sarcástica, había querido anunciarle a él su victoria con ese documento cargado de viva y dolorosa elocuencia.

En una reflexión rápida alcanzó a ver todo lo que esto significaba: el fracaso de su expedición, la derrota posible, la ruina de Cartago.

¡Maldito Exipión! Sintió unas ganas locas de guerrear contra él, de aplastarle, o verle huir con las huestes deshechas; ¡cómo le perseguiría hasta hundirle el gladius en el corazón! Le asaltó una rabia convulsiva, espantosa.

Ahora, cuando su alma necesitaba el sosiego de la paz para sumergirse por entero en las rosas del amor por Vella, le sorprendía

este golpe mortal. Hubiera querido borrar de su memoria la imagen de aquella cabeza querida, mal que su existencia continuase siendo una viva realidad, para abrazarse con furia de naufrago que pierde la balaa providencial en el mar lleno de promesas del sentimiento. Así es de egotista el amor que funde todos los pensamientos en uno solo, todo el Universo en un ser y toda la vida en un beso, en un instante por el que se entregaría gustosamente la vida. ¿A qué venía ese acontecimiento?, ¿a disputarle su atención y su amor por la hermosa romana? Habría triturado esa cabeza y con ella a Roma entera y a Escipión.

Mientras Anibal se debatía en esta lucha gigantesca, a poca distancia, Vella, encerrada en su tienda de cautiva privilegiada y adorada, respiraba en el recuerdo de su amado prometido y del pequeño hermano adorado. El cartaginés, que le reservaba respetos insospechados, la había instalado en una tienda independiente muy cercana a la suya, en la que vivía como una princesa cautiva. La tienda constaba de varios compartimientos en los que había, elegantemente distribuidos, los mue-

bles de factura más suntuosa y exquisita: sillas curules, usadas solamente en los centros oficiales, por las que, seguramente, se decidiera Anibal a falta de otras comunes lo bastante elegantes para servir de digno asiento a beldad tan pura y delicada como Vella; biselliurns finamente labrados y esculpidos con primor por los artistas más célebres de la época. El gran general había querido que en el pequeño palacio de su amada no faltase este asiento, llamado entonces, honor biselli, y que era reservado únicamente a los ciudadanos beneméritos como un alto privilegio especial. Y en lo que había derrochado su riqueza exigente era en la cama de bronce, guarnecida con ricas aplicaciones de plata. Vella, pues, era como un pájaro de brillante plumaje en una jaula de oro.

Pero la hermosa romana sólo vivía para un pensamiento y un deseo: huir. Y esto era cada día más difícil, pues, Anibal, con el crecer de su pasión, había duplicado sus precauciones, destacando día y noche un centinela a la puerta de su tienda que velaba su sueño, como su vigilia, con un celo sin igual.



Anibal le había confesado su amor con vehemencia reiterada y creciente, cosa que, al darle la convicción de que le dificultaba la oportunidad de poder reunirse con su amado, aumentaba su desesperación y su odio mortal hacia aquél.

Y en su cerebro se aferró una idea tan tenaz, tan llena de temeridad y a la vez de insólito valor, que llegó a estremecerla: matar a Anibal. Así realizaría en una sola ejecución dos venganzas justas: la suya personal y la de su amada Roma.

...

La fértil Isla de Sicilia ardía de entusiasmo y actividad.

A pesar de la oposición parcial del anciano general Fabio Cunctator, que en el Senado era su irreductible adversario, Escipión había logrado ver aprobado su plan de llevar la guerra romana a Africa a las propias puertas de Cartago.

Su tesis, fundada en el lógico argumento de que sólo así se lograría arrancar a Anibal del suelo de Italia, en el que se había pegado con la fuerza invencible de una

garrapata, triunfó, y el Senado, es decir, la minoría de los conservadores y pusilánimes le vino a decir poco más o menos:

«Este Senado no quiere privar al probado talento del cónsul Escipión de la ocasión de demostrar la eficacia de sus concepciones. Que el cónsul Escipión consuma la obra por sus propios medios. Este Senado de Roma le cede la Isla de Sicilia para convertirla en ensayo y arsenal de su empresa; pero este Senado, obligado a cuidar el erario exhausto de Roma, deja que los gastos corran a cargo de Escipión; si éste está dispuesto a acometer en estas condiciones la empresa con que ahora puede empezar cuando quiera.»

Estas palabras por boca de la máxima autoridad del Senado romano equivalían a una negación, o lo que era lo mismo, a un amago burlesco de autorización de los espíritus mesquinos que, ante la imposibilidad de enfrentarse con la arrolladora popularidad de Escipión, intentaban cortarle el paso.

Pero pronto ese Senado había de asombrarse: los medios financieros que negara al valeroso general se los facilitó el pueblo con un entusiasmo sin precedentes. Y



Escipión tuvo dinero, provisiones, acero y brazos robustos de hábiles cerrajeros para forjarlo en espadas, yelmos y loricas y madera para las altas torres de los toneles de asalto.

Un fervor unánime y creciente le rodeaba doquier, y el joven general pudo ver acumulados ante él, en poco tiempo, una cantidad enorme de elementos que nunca, cuando contaba con la aquiescencia y la ayuda oficial, se creyó con derecho a soñar.

La costa era un bullicio de galeras prontas a partir, en el interior de cuyos vientres, cuajados de agujeros, se movía la turba mugrienta y profundamente desgaciada de los galeotes tristes y abatidos, de torsos magros y brazos nervudos.

Las numerosas fraguas de la isla resonaban día y noche con alientos de fuego, y sobre el yunque sonoro el martillo laborioso y tenaz templaba diestramente las finas hojas de acero que habían de degollar a Cartago.

Escipión no descansaba un momento, vivía de su delirio, de su fe y de su ambición. Iba de una fragua a otra sin cesar y gozaba de aproximarse al chorro de fuego

que el martillo del forjador arrancaba de un thorax en formación y sentir en su frente febril los pinchazos agudos de la quemazón; parecía que la batalla ya había empezado, y esto le enardecía cada día un poco más. Después se usomaba al hervidero de la fragua y le miraba fieramente como para infiltrarle más arder, como una quimera fabulosa escurriéndose el alma de la verdad.

Su cuartel general era un hervidero de hombres que se iban a alistar para la campaña. Entre ellos abundaban los veteranos legionarios que Aníbal derrotó en pretéritas batallas, singularmente en la de Cannas, la más dura y vergonzante para Roma; querían desquitarse y pedían un puesto de honor en la legión.

Escipión estaba orgulloso, podía tener el honor de proclamar que no iba a hacer una guerra con mercenarios, sino con héroes.

Repetía la historia de Cartago, pero con los papeles trocados; un día fué Aníbal quien concibió y realizó el audaz proyecto de llevar la guerra a Roma, hoy era él quien llevaba el presente sangriento de las batallas hasta las mismas puertas de Cartago.

Una mañana la costa apareció convertida en un bullidero humano. Las legiones estaban formadas. Las galeras se mecían dulcemente en el safo inmenso de las aguas dormidas, y la fronda de remos rigurosamente alineada a ambos costados como un costillaje de mamut, indicaban que los galeotes ocupaban sus puestos y había sonado la hora de partir.

Escipión reservó para este supremo instante el espectáculo cumbre del Imperio, esto es, el reparto de las águilas de Roma, símbolo milenario del poderío imperial.

Las había hecho forjar a miles y los legionarios, al recibirlos, las enarbolaban con aclamaciones entusiastas, jurando conducirlas hasta el corazón mismo del África, o morir.

Inmediatamente Escipión reunió a sus centuriones (suboficiales). No ignoraba que de la menor o mayor colaboración que los oficiales prestan a su general depende en gran parte el éxito de una batalla.

El romano se presentó con su centelleante thorax de guerra, y su airoso paludamentum echado arrogantemente a la espalda.

—Mis bravos centuriones —les

dijo con palabra cálida—. El espíritu de Roma es inmortal, y ha habido alguien que se ha permitido dudarlo por ignorancia, o movido de mala fe en el intento frustrado de convertirla en su colonia; habéis advertido que me refiero a Aníbal. Yo pretendo demostrar que Roma quiere morir antes que ser esclava. No faltará quien objete que para ello lo más lógico habría sido enfrentarse con Aníbal en el propio suelo del Imperio ahorrándose así el arduo trabajo de ir a África, y también quien añada, que eludir ese encuentro con aquel general es una evidente cobardía. A unos y a otros yo digo, que cuando se buscó la cabeza y no la cola de la culebra para aplastarla no se es cobarde, pues la cola sólo puede golpear, mientras que la cabeza muerde y mata. Con ello les he dicho a unos y a otros que vosotros y yo vamos a Cartago, porque ella es la cabeza del movimiento antirromano, y que dejamos a Aníbal porque no representa más que la cola, que morirá por sí misma, aplastada aquélla, entre convulsiones epilépticas.

Las últimas palabras del general fueron ahogadas por un grito estentóreo de entusiasmo de la legión.











Poco después las galeras orgullosas de Escipión abandonaban la costa de Sicilia rumbo a Africa.

Mientras Roma ardía en este entusiasmo formidable para reivindicarse y vencer, apañada alrededor de Escipión vencedor de la absurda mezquindad y del terror, Cartago se debatía en un confusiónismo ruinoso y en una vacilación suicida. La muerte de Asdrúbal, la inactividad de Aníbal y sus constantes llamadas de socorro, que no revelaban otra cosa que una situación difícil y comprometida, habían motivado luchas políticas de mucho alcance entre los dos grupos que se disputaban la hegemonía del poder. Frente a los emancipados, a los eternos moderados por saturación y bienestar, se levantaban los dinámicos, los revolucionarios, los que entendían que la vida es una lucha y no un edén. Pero, aquéllos eran más numerosos, o bien más astutos, y la mayoría del país se inclinaba del lado indolente de la inacción, cosa secundada por la naturaleza moral del país que tendía más a la laboriosidad que a la guerra, y ello colocaba a Cartago en inferior situación respecto a Roma.

Entre los jóvenes renovadores e

imperialistas se contaba una mujer de esplendorosa belleza y virtudes ejemplares, que no vacilaremos en colocar frente a frente con Vella, y titularla su digna rival. Y ella era Sofoníaba, hija del general Asdrúbal, y por tanto, sobrina de Aníbal.

Esta joven, cartaginesa heroica, e inteligente, que pertenecía al grupo de los más prestigiosos patriotas partidarios del honor militar de Cartago y del odio mortal hacia Roma, desde que le fué notificada la infame muerte a que los romanos sometieron a su padre en Italia, vió acrecentar de tal manera su repulsión hacia aquéllos, que juró no cejar hasta haber consumado su venganza.

A la sazón estaba prometida con el rey númida, Masinisa, que, como recordaremos, impresionado por la habil política y el talle superior de Escipión en España, se convirtió a su causa, volviendo la espalda a los cartagineses. La primera providencia de Sofoníaba fué dejarle, atándole en defección traidora con el más altivo desprecio, para casarse con Syphax, otro rey númida, que no se había recatado nunca de exteriorizar privadamente su innata aversión por la



República romana, bien que no pudiese hacerlo abiertamente mientras no se produjesen acontecimientos de importancia, so pena de verse aplastado por ella, ya que todo el norte de África, antes independiente y en el que tenían asiento las tribus nómadas, estaba sojuzgada al poder romano. Pero las artes, tan femeninas, de la hermosa cartaginesa, la coquetería, la constancia y la fe vencieron las reservas de Syphax, logrando disponerle a abrazar la causa de los cartagineses y a colocarse a su lado para combatir a Roma.

Llevada de su odio, sin reparar en las consecuencias, con la idea obsesa de mortificarle, Sofonisba hizo que esa lealtad de su marido hacia Cartago llegase a oídos de Massinisa. Este, hombre de carácter fuerte y vengativo aceptó el reto, que suponía salir de Syphax, y mezclando a la natural indignación el despecho de ver en brazos de otro a su ex novia, que adoraba todavía, se dispuso a combatir a Cartago ayudando a los romanos, para lograr la muerte de su rival y hacerse otra vez con Sofonisba.

Mientras se producían esta serie de acontecimientos, se esparció por todos los dominios de Cartago

la llegada de Escipión a África con innumerables legiones y una escuadra poderosa. Había motivos sobrados para suponer que este segundo desembarco del valeroso general en aquel continente era para atacar la metrópoli. Esto aumentó el pánico, singularmente, entre los gobernadores, que tenían conciencia clara de que el Imperio no contaba en el territorio con generales lo suficiente grandes para osar enfrentarse con el famoso romano con probabilidades de éxito.

Este, tan hábil diplomático como excelente militar, previendo que la guerra sería dura, quiso asegurarse, antes, de la lealtad de los reyes nómadas. El primero que corrió a sus pies fue Massinisa, con todo su rencor y su despecho. Los Dioses laboraban por su causa; había llegado la ocasión de vengarse.

—Escipión, no todos los reyes de Numidia son dignos de tu confianza. Alguno puede herirte por la espalda.

—Es mi supremo interés el de conocer el estado de ánimo de esos reyes, y ha sido por ello que te he mandado llamar.

—Syphax ha tomado el partido de los cartagineses y caerá sobre



El con sus hombres. Sofonisba no olvida la muerte de su padre.

—Y, sin embargo, las tribus de Syphax están entre las que me son leales y su posición no es ventajosa.

—Precisamente por eso me he apresurado a prevenirte; tomando las convenientes precauciones no será difícil evitar que pueda unir sus hombres a los de Cartago.

—Salve, Masinissa!

—Salve, Escipión!; bien sabes que tengo ciega fe en los destinos de Roma.

El gran general romano se fopció de su prevención. Fino psicólogo, alcanzó a ver la gravedad que suponía el que anduviere mezclada en el asunto la terrible pasión de una mujer. El joven y ardiente como buen meridional, había tenido ocasión de sondear ese arcano cargado de contraluces dulces e hipnóticas que constituye el alma femenina y la temía más que a la espada y al aríete en manga de un guerrero corpulento y leal. Optó, pues, por el partido de ensayar una operación diplomática en la que Syphax viese empeñado su reputación, su amor propio y su palabra. Y ella fue la de llamarle en términos de la más

confiada amistad, fingiendo que ignoraba los turbios manejos antirromanos en que le había metido su esposa, para confiarle una misión transcendental.

Syphax no tardó en acudir a la entrevista. Este rey nómada era una figura imponente, de mirada fiera y temple varonil, digna de respaldar en sus masculinas arrogancias la soberbia bestia de Sofonisba.

—He venido por Cartago — fueron las primeras palabras de Escipión.

El rey árabe, inmóvil e impenetrable en los rasgos severos y concentrados de su raza, se limitó a hacer una leve inclinación de cabeza, indicando que se disponía a escuchar.

—Es que Numidia me es toda fiel, y que, por consiguiente, en mi propósito sólo tendré que combatir a Cartago — mintió condesciente y habilmente el romano, escrutando disimuladamente a su calcoeter—. Algunos soberanos nómadas me han ofrecido su apoyo material para llevar a cabo la empresa y ello habra de facilitar la victoria, que la bravura de mis legionarios me da descontada, por demás. Pero antes de que mis ca-

tapultas den cuenta de las murallas de Cartago, quiero ofrecer a ésta la ocasión de poderlo evitar con un tratado de paz. La misión es delicada, pues conviene que quede bien patente que mi proposición no es hija de la impotencia ni del temor, sino de la magnanimidad en que Roma tiene a sus generales educados. Para Boyaria a cabo se precisa un tanto especial y un espíritu sagaz nada común, cuya elección ha sido para mí tema de laboriosas meditaciones que me han inducido a elegirte a ti, considerando que, además de poseer las prendas que el delicado caso requiere, reúnes la circunstancia especial de estar emparentado con la aristocracia cartaginesa.

Terminado su discurso, Escipión leyó en las fracciones bronceadas de Syphax, con caracteres mayusculos, la huella profunda que sus halagos le habían producido en el orgullo y en la vanidad personales.

E muy húmeda habló poco. Escipión respiró la lucha que se libraba en su pecho. Syphax conocía el temple de su esposa y temblaba con sólo imaginarse la escena que seguiría a la declaración de sus propósitos, si es que

tomaba el partido de satisfacer al general romano. Por un momento creyó posible salvar la situación, cediendo al cosquilleo de su vanidad, prestandose a la maniobra a escondidas de Sofonista, pero al punto rechazó esta idea como impracticable, ya que las gestiones a que le obligaría su cometido le darían una popularidad imposible de ocultar. Por otra parte, tampoco era posible que pudiese renunciar con arrogancia a las proposiciones de Escipión sin atraerse hacia sí la tempestad de sus represalias.

Al fin, contestó resultamente:

—Iré al Senado cartaginés con tu misión.

Reputándolo mejor, no sólo para su vida privada, sino para los intereses de Cartago, Syphax tomó el partido de actuar con lealtad, poniendo a su esposa al corriente de los acontecimientos.

... he empeñado mi palabra y he de cumplirla. Escipión ha venido para hacer la guerra y es hombre que antes de ejecutar una acción sabe prepararla bien; no dudes que ha traído fuerzas suficientes para vencer a Cartago y, por consiguiente, lo bastante numerosas para aplastarnos a todos.

Además, se trata de la paz, esposa mía.

Ante el estupor del árabe, que conocía a fondo el carácter impulsivo de Sofonisba, ésta se limitó a sonreír de la manera más sencilla e ingenua, replicando con naturalidad pasmosa y desconocida en hembras tan impetuosas y ardientes:

—Nada, la deshonra; ¡es bien poco!

A pesar del verbo fogoso de Syphax, que se desató para exponer elocuentes y numerosas razones que concurrían en el hecho de su decisión y también para socavar en la entraña de esa intrigante actitud de su esposa, no logró que ella despegase los avariciosos labios. El nómada pasó por la inquietud de suponerla metida en la elaboración de algún proyecto temible; pero, al fin, fuese porque su vanidad le cegase, o bien porque poseyese luces bastantes para interpretar la anuencia en sus ojos inmensos, se inclinó del lado de la confianza, aceptando la posibilidad de que en su espíritu, al que no faltaba el talento, se hubiese producido la iniciación de una era de calma y de prudencia.

Sin embargo, era muy otra la

decisión que se gestaba en aquella alma bravia hecha para la epopeya y la heroicidad al estilo romano de la época, mal que por paradoja caprichosa del destino ello tuviese por adiccate el odio hacia aquellas mismas virtudes. Antes que la humillación de Cartago ante las aguijas de Roma, mil veces la destrucción del mundo; ella pondría en juego todos los resortes de su prestigio y de su nombre para impedir las negociaciones de una paz sin honra y sin victoria.

Valiéndose del ascendiente de que gozaba entre los senadores jóvenes e imperialistas les captó a su causa, aconsejándoles con calor y apasionada vehemencia, que, en ella, alma hecha al sol abrasador del África exaltada, eran un fuego irresistible que se opusiesen al proyecto y lo combatesen con todas sus fuerzas de la elocuencia y flaquea inclusive, si el caso se hacía necesario.

Y la voluntad de la hermosa Sofonisba triunfó. Apenas Syphax hubo expuesto los términos de su embajada, la avalancha de los jóvenes le cayó encima aplastándole moralmente. Y como, a decir verdad, tampoco él, bajo el influjo



hechicero de su esposa, sentía entrañablemente la causa que patrocinaba, ésta no tardó en verse condenada, al desprecio y totalmente relegada del espíritu cartaginés.

Cartago no se humillaría; si Roma le presentaba batalla la aceptaría con todas sus consecuencias.

Cuando Sofonista supo el fracaso de su esposo creyó enloquecer de alegría. Y, ahora que había logrado preparar a Syphax del compromiso diplomático, se imponía ganarle a la causa bélica activa de Cartago.

—Estaba segura de tu fracaso —dijo a su esposo con aplomo—. Me abstuve de avanzarle mi pensamiento para no comprometer tu honor como rey de Numidia: al fin y al cabo, Escipión no ha hecho más que usar las reglas elementales de la habilidad diplomática escogiéndote a ti como mediador; no ignora que soy tu esposa y supongo que el nombre de Sofonista, hija de Adrúbal, le recordará el crimen cometido por su Patria, y, por ende, tendrá sus razones para temerme... y para temerte a ti y a tu caballería famosa e invencible, porque ahora ya no es posible

que puedas desentenderte de ayudar a Cartago, porque Cartago soy yo, y tú no me abandonarás a mí. ¿verdad, Syphax mío? ¡Júrame, dime con una palabra única y sagrada, que oíran los Dioses desde el Olimpo, que combatirás a Roma por mí, por Sofonista, tu adorada esposa, la que corrió a besarte los pies porque odiabas a Roma, abandonando a Masinisa, que me los besaba a mí porque estaba sometido al orgullo de las Águilas...! Tu caballería, Syphax, ¡qué orgullo para mí ver manobrar tu famosa caballería frente a los romanos, verla caer sobre ellos y aniquilarlos...!

Syphax no supo resistir, o quizá sería mejor decir, que no quiso resistir. Sofonista había aludido a su caballería, de la que estaba orgulloso, aquella caballería endiablada que era el terror de cuantos se le enfrentaban, jinetes ágiles e indomables como centauros del bosque que corrían sin freno, en una mano el escudo y en la otra la espada infalible, y esto equivalía a una orden que no podía desoír: si el romano atacaba a Cartago entraría en guerra contra él.

Cuando Escipión se enteró del



fracaso de las negociaciones no tuvo una gran sorpresa; ya dejamos dicho que esperaba los mas insólitos acontecimientos en una causa en la que mediaba una mujer, que, además de hermosa, era inteligente, hábil y tenaz. Tanto valía, él tenía prontas las legiones y tenia la voluntad.

—Mañana empezare la guerra —aseguró simplemente.

Y las legiones romanas avanzaron sobre Cartago.

Syphax habia concentrado rápidamente sus infantes y su famosa caballería uniéndolos a los cartagineses, púsose él al frente y salió al encuentro de los romanos en una vasta llanura muy distante de Cartago.

Aquel día oscurecia ya y Escipión se encontraba frente a frente con sus enemigos. Como buen general no desconocia el prestigio y la fama de los jinetes de Syphax, y apenas distinguió las crines agitadas en un revoltijo salvaje de los caballos sintió un estremecimiento, y dijo a sus centuriones:

—Detened la marcha; el sol de Africa me molesta.

No rehúsa la batalla, pero le sobraba genio para entender que ante aquel enemigo debía tomarse

un breve parentesis para reflexionar.

Sería media noche, aproximadamente, cuando llamó a sus centuriones. Tenia elaborado su plan.

—Repartid estopa incendiaria a cuatro centurias, a las que ordenaré avanzar agilosamente en la oscuridad hacia el campamento enemigo. Simultáneamente haréis que avance el resto de la fuerza a una distancia prudencial. La misión de aquellas cuatro centurias consiste en pegar fuego al campamento cartagines por diferentes lados, procurando que el incendio abarque la mayor extensión de terreno posible. En cuanto las llamas hayan adquirido el suficiente incremento caeréis sobre el enemigo en tres movimientos simultáneos: por ambas alas, con el objetivo de rodearlo, y en cufa por el medio para dividir el campo en dos y reducir a sus ocupantes por asfixia.

El plan era fantástico, pero factible, ya que Escipión estaba seguro de que no hallaria en pie mas que los centinelas. Además le brindaba una posibilidad, cuya sola suposición le producía un escalofrío de felicidad, y era la de cazar vivo a Syphax.

Como sabiamente había supuesto, en el campo cartaginés todo era calma y confianza. Los legionarios dormían, flacos en el ojo avizor de los centinelas, veladores celosos de su sueño, árticos que estaban prácticamente en disposición de comenzar una lucha en el caso de que ésta se produjese con brusquedad. Nadie sospechaba el golpe con que Escipión se disponía obsequiarlos. El mismo Syphax se había adormitado sobre una cama provisional.

Las cuatro centurias romanas pudieron llegar al campamento sin grandes dificultades; sólo se les había interpuesto un centinela, que cayó con la nueva partida, mucho antes de que pudiese exhalar un solo grito de alarma.

Colmar su objetivo fue ya una cosa relativamente fácil; la maleza reseca que cubría el suelo actuó de eficaz colaborador de la estopa y, simultáneamente, por distintos puntos, las tinieblas de una noche sin luna se vieron rasgadas por el fulgor espantable de las llamas, las cuales no tardaron en prender en las primeras tiendas de campaña.

Lanzada la voz de alarma, los cartagineses y los broncíneos nú-

midas abandonaron los toldos, poniéndose en pie de guerra. Syphax, que en campaña no se despojaba nunca de su thorax, sólo tuvo que empujar la coraza y el gladius para poder ponerse al frente de sus hombres y dirigir la defensa. Era lo bastante inteligente para no caer en el candor de suponer que aquel incendio era casual. Pronto la realidad le confirmó sus sospechas en forma de espadas retucientes que cortaban la sombra y de yelmos con cimbras orgullosas y nerviosas que el resplandor de las llamas puso al descubierto; los legionarios de Roma asaltaban su campamento.

No tardó en persuadirse de que todos sus esfuerzos para contener la avalancha habrían de ser estériles. Su fuerte era la caballería y ésta se hallaba prácticamente inexistente, pues mientras los caballos se dispersaban alocados por el resplandor del fuego, los jinetes andaban de acá para allá, desorientados en medio de la infernal confusión como buitres a los que se hubiese arrancado las alas.

Además, el romano tenía la ventaja sobre él de que empujaba la batalla, previa una preparación, con los soldados desvelados y ofen-

sivos, moviéndose matemáticamente. Había iniciado el cerco y la cuña con victoriosa progresión.

Los cartagineses, sofocientos, durante los primeros momentos no acertaron a hacer otro que tratar de buscar una tangente al cerco mortal; por como de desgracias, algunas, en la sorpresa del incendio, abandonaban las tiendas precipitadamente, olvidándose de sus armas.

Con todo, el coraje y la bravura indómita de Syphax logró un milagro: rehizo una entidad potente de sus huestes, les concentró con gritos que estremecían la noche y dominaban el fiero fragor de tanto acero entrecrocante, y presentó una batalla en toda regla.

Pasase él a la cabeza y se lanzó al ataque. El choque pareció que estremecía la bóveda celeste, y la noche fué velo providencial de un espectáculo escalofriante en el que se derrochó heroísmo y sangre. La espada de Syphax no cesó de caer sobre cabezas armadas que se abrían como granadas fulgorosas después de ver hundidos sus cascos con una fuerza brutal.

La maniobra de Escipión se había consumado. Se luchaba, todavía, en el centro del campo con

alaridos de rabia y de furor, cuando ya este había sido cercado por los romanos y la cuña lo dividía en dos.

La batalla que la historia había de conocer por la de «las grandes llanuras», había terminado con la derrota del ejército nómada-cartaginés.

Syphax fué hecho prisionero.

Solo habían logrado escapar al cerco mortal de los romanos algunas docenas de guerreros desarmados, que sirvieron para llevar a Cartago la fatal y terrible noticia de la derrota.

Sofonisba la recibió con una presencia de ánimo inaudita y con una sonrisa indefinible. El golpe era tan brusco y terrible que le habría sido imposible adoptar otra actitud.

Pero con el enfriamiento y la reflexión llegó el despocho, la rabia loca, la furia, el dolor...

Corría de boca en boca que Escipión avanzaba a peso de carga contra Cartago. Sofonisba sabía lo que esto representaba. En aquella época ser prisionero de guerra equivalía a caer en la esclavitud, a dejar de ser humano para convertirse en una cosa, en un objeto susceptible de ser vendido al me-



por postor. Si la que caía en una ciudad pasaba toda entera a la humillación y el vencedor escogía a los hombres más robustos y las mujeres más bellas para las galeeras y el lupanar. A este terror de la degradación y la tortura se debieron en substancia las epopeyas más gloriosas de la antigüedad, entre las que desuellan para gloria imperecedera de la feroz española, las de Numancia y Sagunto.

Cualquiera mujer hermosa tempiada en el heroísmo de la época, puesta a escapar entre la esclavitud y la muerte, no vacilaba en abrazarla a ésta con serenidad ejemplar.

Sofonísta no podía esperar otra suerte dadas las particulares circunstancias que concurrían en su vida. Si Escipión lograba apoderarse de la ciudad le esperaba la deshonra, esto unido a la reacción que se había operado en su alma la llevó a la acción directa en el partido de los patriotas. Operando nuevamente sobre el prestigio de que gozaba entre los jóvenes imperialistas cartagineses, trató de improvisar una atmósfera heroica y organizar una defensa de la ciudad. Pero ya era dema-

siado tarde; el Senado nombró una embajada encargada de ir a negociar una tregua con Escipión.

Al mismo tiempo, y subrepticamente, dispuso una comisión de senadores a Italia con la misión de ir a recabar el pronto auxilio de Aníbal a Cartago amenazada de muerte por los romanos. El gran general, tan repetidamente menospreciado, constituía ahora su suprema esperanza, cuando la suerte le había vuelto la espalda.

No cabían dilaciones para Sofonísta, aunque no podía preconcebirse el alcance de las negociaciones de tregua que la embajada cartaginesa había ido a proponer a Escipión, la situación no era para acuriciar optimismos. Era lógico suponer que el altivo general exigiria humillaciones fundamentales, entre las que bien pudiera hallarse la de reclamarla a ella como instigadora de rebeliones y máxima conservadora del sagrado fuego del odio antirromano.

Sofonísta tenía un amigo llamada Ciria, una joven de singular belleza y virtudes ejemplares, descendiente de una noble familia cartaginesa que compartía sus ideas y secundaba sinceramente sus planes, a cuyo encuentro fué

para que la ocultara en su casa. Cirta, bien que entusiasta y fiel a las corrientes renovadoras de la juventud, por su carácter dulce y carifoso, era más susceptible de atender las cuerda reflexiones de la moderada razón. Recibió a su amiga con amor y lealtad, dispuesta a cualquier sacrificio para salvarla.

Nuestra ardiente cartaginesa no se había engañado. Escipión puso su entrega como condición «*sine qua non*», esto es «*sin la cual no*», a los negociadores cartagineses si querían obtener la tregua que solicitaban.

Esta noticia provocó una crisis tan profunda en el espíritu de Sofonista, que amenazó dar al traste con su razón. Cara a cara, y disputándose el derecho de poseerla, luchaban en el seno de su pensamiento dos fuerzas opuestas y espantosas: su juventud, que quería vivir, y su honor, que la inducía al suicidio. Porque, como hemos dicho antes, la muerte era el único recurso para escapar a la esclavitud.

Cirta se esforzaba en reponerla la paz del alma con los más puros sentimientos de su amistad; mas, todo en vano, su amiga no salía

de su obsesión alucinante y a cada momento creía ver llegar a los romanos para sumirla en la degradación.

Apurados, inútilmente, todos los recursos de la razón, Cirta sugirió a su amiga una solución instintiva y audaz.

—Sofonista, tú no puedes vivir así; comprende que esta situación no puede prolongarse mucho más; no creas que lo diga por el temor de ser punida por encubridora, ¡oh, no!; si es necesario que muramos por Cartago mi sangre no será regateada jamás; pero es por tu bien, es por ti misma, tu tío vendrá, ¿quién puede dudarlo? Pero sólo los Dioses saben cuando; es preciso que aproveches esta tregua para solucionar tu situación. Oyeme, amiga mía, ¿por qué no intentas atraerte nuevamente a Massinisa?

—¿Massinisa? —inquirió con estupor la hermosa cartaginesa—. ¿Ignoras que estoy casada con Syphax?

—¿Syphax? Sofonista, no nos hagamos ilusiones sobre su suerte; tu marido ha sido derrotado por Escipión a cambio de innegables pérdidas por parte de éste, pér-

didas que no le perdonará. Syphax es su prisionero...

—¿Quieres decir que...?

—Syphax no vive ya. Sofonísta, estoy segura de ello. Eres libre, pues. Me consta que Massinissa te ama más ardientemente que antes al estar, y que bastaría la menor insinuación para que volviese a echarse a tus pies; entonces sería fácil disuadir a Escipión de perseguirte, pues Massinissa es su más ferviente coadjutor...

Sofonísta luchó todavía algunos días consigo misma, consiguiendo dominar sus sentimientos patrióticos y antirromanos para prestarse a la humillación propuesta por su amiga. En el fondo, la virtuosa cartaginesa no aspiraba más que a ganar tiempo y esperar a que su tío Aníbal llegase a África y decidiera la suerte de Cartago.

Pero, ni aun ese sacrificio de su ideal hecho en momentos supremos con la tortura de los más caros sentimientos pudo servirle de nada, pues a las gestiones de Cirta replicó Escipión recrudesciendo los movimientos de su policía y las demandas diplomáticas para castigarla.

La tregua pactada con el general romano dependía de ella. Car-

tago debía entregarla; si se demoraba demasiado el cumplimiento de este extremo fundamental del convenio transitorio, Escipión podría perder la calma y caer sobre la ciudad, demasiado mal defendida para esperar una victoria. Por ella, Cartago, su amor, su máxima virtud, corría el peligro de perderse. El dilema se presentó ante Sofonísta como un espectro inmenso: ser esclava, o hundir a su Patria. ¡No, no, no haría lo uno ni lo otro!; la muerte, si la muerte, sólo ella podía evitar dos ignominias.

Y al amanecer del día siguiente, cuando Cirta entró en el dormitorio de su amada amiga la halló en la cama sin vida. Un rayo de sol glorioso le iluminaba el rostro divino, que en las vicisitudes del suicidio había tomado tintes de alabastro.

Al recibir la comunicación de su muerte, Escipión, formado en una época en que el hombre honraba a su enemigo heroico, exclamó con admiración profunda:

«¡Era digna de ser romana!»

Cuando las noticias de tan grandes victorias, que resarcían a los romanos de las humillaciones que les infiriera Aníbal, llegaron al



Senado de la ciudad eterna, los cobardes, los egoístas, los apocados y miserables, los que tomaron a chacota la audacia genial de Escipión, convertidos en «valientes» y «salvadores de la Patria», clamaron como hienas desencadenadas:

«¡Muera Cartago, abajo Cartago, no más humanidad para Cartago! ¡Roma exige que Escipión destruya a Cartago!»

Aníbal había tenido que retirarse a los Abruzzos, acosado constantemente por los romanos, que le adivinaban, cada día más débil.

Aunque su debilidad era una cosa realmente extraña, una especie de monstruosidad que los romanos no acertaban a comprender, pese a que ellos eran maestros en ese arte cuya fuerza sublime radicaba en la fe, en la ambición, en la llama virtuosa y tenaz que produce un ideal.

La fe es una cosa tan ingente y poderosa que logra lo que solo es asequible a Dios. Y Aníbal había logrado parecido, agarrado a su último reduto de la Lucania y los Abruzzos en donde durante tres

años consecutivos rechazó las legiones de Roma, sin vitualias, sin dinero y casi sin hombres, pegado a su ideal gigantesco de no abandonar Italia.

Y es, que en treinta y seis años de permanencia en aquella hermosa península, junto a su odio a Roma, se había desarrollado en su pecho un infinito amor por el cielo, el mar y los pinos que la adornaban.

Además, acariciaba una postrera esperanza todavía y esta era su hermano Magon, encargado de mantener las últimas posiciones que le quedaban a Cartago en España. Era el tercero de los Barca y había recibido orden de partir de aquel pala para correr en su socorro. Al fin, parecía que el Senado cartaginés reaccionaba.

Aníbal sabía que se había puesto en camino ya y no debía tardar en llegar. Había puesto vigias con ojos de lince en la costa para que anunciasen el arribo de las anheladas galeras tan pronto como apuntasen en el horizonte del mar.

Y un día esos hombres lanzaron el grito jubiloso que el gran general deseaba oír con fruición, como el supremo hosanna de su vida de rudo y cortado luchador.

En efecto, una galera cartaginesa, asomó en el mar, aportando en la costa dominada por los cartagineses. Pero, al contrario de lo que éste esperaba, resultó ser la que traía la comalón de los senadores que Cartago había desplazado a Italia para informarla de su desesperada situación. Anibal, ignorante de todo, les recibió con una alegría casi infantil, se le antojó suponer que venían a comunicarle alguna importante decisión del Senado de su país, la de enviarle cuantiosos refuerzos, por ejemplo, o la de hacerle entrega de una cantidad fabulosa de oro.

—¡Habládme, pronto, borrádmela esa huella dolorosa que la indiferencia de Cartago ha trazado en mi pecho; informádmela de todos los preparativos! ¿A qué cantidad asciende el número de hombres que me enviáis? ¡Ah, unidos a los de mi hermano Magon, tendré un ejército formidable que Roma no podrá resistir!

Anibal había pronunciado estas palabras sin respirar, de un tirón voraz y arrollador imposible de contener.

¡Refuerzos!

Los senadores sintieron una

opresión dolorosa en las ajenas. ¿Quién se atrevería a derribar este castillo espléndido de ilusiones? El golpe tenía que ser de una violencia mortal.

—Anibal, Escipión ha desembarcado en Africa, nos ha derrotado en las «llanuras» y hemos tenido que firmar una tregua vergonzosa. Hemos venido a traerle la orden del Senado cartaginés, de que le embarques inmediatamente para allá y trates de levantar los ánimos. Esto, o Cartago dejará de existir.

El gran general creyó volverse loco de rabia y de despecho. Unos años antes, al el Senado, ese Senado que le llegaba ahora en forma de unos señores acocuinados y temblorosos por la inminente derrota, le hubiese secundado, Roma habría podido caer, por el contrario, ahora la que se derrumbaba era Cartago. Reflexión espantosa para él que se había pasado los mejores años de su vida contemplando cómo se le escurría la presa que tenía sobre la palma de la mano, que habría podido hacer suya con un leve movimiento de los dedos, y a él le sobraba energía para presionar!

Le entró de súbito desprecio por

aquellos hombres de modales finos y togas atildadas. ¿Que le importaba Cartago? ¿Que se hundiese allá, mientras él conquistaba aquí a Roma! ¡Teniendo a esta podía pasarse sin aquella!

—¡No, no dejaré Italia! —bramó con palabra trácunda y gesto agresivo—. ¿Es que toda mi juventud no vale nada? ¿Habéis entendido? ¡Treinta y seis años perseverando en una obra dura, cuyos sacrificios sólo podrían contar con emoción admirada mis bravos y sufridos soldados, no son nada? ¡Ah, no, no quiero haberlos echado en balde, que Escipión destruya Cartago si le cuadra!; ¡yo no dejaré Italia, no la dejaré...!

Fus vano el patetismo con que los escurridos y aterrados senadores expusieron las consecuencias de su tenaz negativa en socorrer a Cartago para inducirle a deponer su actitud. El gran general no cedió un palmo en el terreno de su decisión, sabía que abandonar Italia, ahora, significaría la renuncia definitiva a Roma, el fracaso y el derrumbamiento ruidoso de su ideal.

Los senadores, un poco asustados del imponente temperamento del general, se limitaron a esperar

en silencio, con la esperanza de que el tiempo, al que inevitablemente acompañaría una honda reflexión en aquel cerebro genial, cuidaría de terminar favorablemente la obra que ellos habían tan desgraciadamente empezado.

No había de ser su reflexión la que decidiera hecho tan importante, sino un acontecimiento inesperado que se produjo un star-decer radiante, pocos días después de la llegada de los senadores.

—¡Los soldados de Magon han llegado, los soldados de Magon!

El sol acababa de desaparecer tras el lomo violeta de las montañas cuando sonó en el campamento cartaginés este grito sensacional.

En efecto, acababan de aparecer en él un puñado de hombres corpulentos, vistiendo el uniforme de los soldados de Cartago. Llegaban maltrechos, famélicos y desarmados.

Anibal se echó fuera de su tienda como un alucinado, ciego, desbordante, infantil en la incoherencia de sus palabras y en los ademanes inverosímiles de su herrático corpachón.

Los abrazó casi, bien lejos de



poder advertir su estado deplorable.

—(Mi hermano... los demás...?

El único centurio que comandaba la tropa le cortó la palabra.

—General, éramos cincuenta mil infantes; tu hermano Magon traba mucha guerra y vituallas; mas, al desembarcar en el país de los Iosubrios, hemos sido atacados y destruidos.

—¿Y mi hermano? — insistió Anibal, temblando la voz.

—Ha desaparecido.

—¿Y los restos de su ejército? — volvió a preguntar el general cartaginés, como idiolizado por el dolor.

—Aquí están.

Y el centurio, al decir esto, señaló aquel puñado de putrefactas hambrientas que le rodeaban.

Anibal, el valeroso, el genio que había hecho estremecer a la orgullosa Roma, el titán que las batallas más espantosas no habían logrado conmovér, se desplomó pesadamente en una silla curvada y sepultó su rostro espantable de gigante en las veladas manos para estremecer el Universo con su llanto ahogado y desgarrador.

Todo había terminado en su alma y en su espíritu poderosos sueños y realidad. Sin Magon, España quedaba materialmente en poder de los romanos, y sin ejército, Cartago corría el peligro de desaparecer.

Aquella noche los Dioses infernales se habían propuesto puntear sus danzas pírricas sobre el campo cartaginés. Veía, por la que Anibal sentía crecer con el tiempo su pasión obsesionante, y a la que había arrastrado con él en su retirada, era prueba de honda desesperación. Recordaba con infinita y torturadora añoranza los días dulces de su vida en el Lacio y los besos de Furio, el amado de su corazón. ¡Cuánto tiempo sin verle! le parecía experimentar, todavía, en su mano y en sus labios el roce ardiente de sus labios viriles dándole el beso de despedida pocos días antes de que las hordas cartaginesas la sorprendieran en su piscina de mármol decorada con bellos mosaicos de color azul: arrogante, muy romano con su sagum (manto de guerra) de centurión colgando del brazo izquierdo y sus ceñidas y guerreras caderas (calzonas) que desbordaban sus músculos robustos c

indomables de servidor de Roma. (Quién sabe si había perecido en alguna escaramuza con los cartagineses!

En este anochecer, su impaciencia había llegado al *sumum*, ya era imposible aguantar más esta situación. Si debía realizar su propósito terrible, su plan gigantesco de matar a Aníbal.

Desde aquel día en que lo conociera, su imaginación no tuvo un momento de reposo esperando la primera oportunidad de llevarlo a cabo. Más de una vez intentó hacerlo cara a cara, aprovechando la ocasión en que Aníbal la llamaba a su tienda para desahogar su pasión; entonces no habría sido difícil arrancarle su propia espada y hundírsela en el corazón, eran momentos en que el coloso, en su delirio, se volvía ciego, ausente de cuanto ocurría a su alrededor. Pero había desechado esa oportunidad porque en ella necesitaba de toda su energía para rechazar con altivez y palabra dura sus halagos e insistentes promesas de enamorado ardiente.

Aquella noche al efectuarse el cambio de guardia de su tienda, Velia observó con irreprimible emoción, que el soldado entrante

estaba somnoliento y se apoyaba con pesada actitud de hastiado cansancio en su pica larga y puntiaguda. La virtuosa romana no le dejó ya un instante de ojo. Si llegase a dormirse se apoderaría de su gladium.

Los Dioses lo quisieron: una hora después el centinela estaba dormido.

Velia no reflexionó un segundo más, acercóse a él, asió la espada de su vaina y apretándola con firmeza en su delicado puño, se encaminó a la tienda de Aníbal. Poco podía suponer, que esta noche de máximo tormento de su espíritu, coincidía en ser la del supremo dramatismo en el del general cartaginés.

Su mano, blanca y delicada, se torcía al peso de la ruda espada como una azucena doblegada por el vendaval, y la hermosa romana llegó a dudar de que tuviese el necesario empuje para hundirla en el pecho del odiado cartaginés.

Llegó sin contratiempo a la tienda y a la vista de ella, en cuyo interior tanto había oído vejar a su Patria, recrudeció su indignación, convenciéndose entonces de que podría matar a Aníbal y de que todavía le sobrarian energías

para hacer frente a todos los sicarios que le guardaban. Así la lona que hacía las veces de puerta, hubo de detenerse; acababa de oír un quejido, una especie de suspiro ahogado, bronco, hondo y prolongado. Pegó el oído a la tela. Le pareció que algo glacial y agudo recorría sus entrañas: lo que oía era un llanto, el llanto de un hombre. En la tienda del general cartaginés había un hombre que lloraba. Aguzó más el oído y creyó ser víctima de una alucinación: ¡el que lloraba era Aníbal!

Percebido ruido de pasos en el interior de la tienda, adivinó que eran del general; se había detenido a pocos pasos de donde se encontraba ella. Y distinguía claramente sus gemidos, entrecortados por palabras, confusas al principio, pero que fueron haciéndose poco a poco, inteligibles.

¿Era posible? ¿Aníbal, el gigante, el genio guerrero que tenía al mundo en una perenne admiración, aquella fragua resolladora de infiernos y tronadora de voces, de coraje y de batallas, ése, era ése el que lloraba como un niño? Vella se oprimió instintivamente el pecho; ¿es que el Universo amenazaba hundirse? Porque no se ha

oído nunca al volcán lanzar ayes ni suspiros.

Nuestra romana sintió que una fuerza desconocida e invisible le paralizaba los pies. ¿Matar a un ser que llora? ¿Era posible? Experimentó una curiosidad irresistible de conocer las causas que poseían el poder incalculable de haber convertido al coloso de Rodas en un muñeco sentimental.

Aníbal pareció serenarse. No debía estar solo, pues su voz se oyó al fin, mas sossegada y clara, dirigiéndose a alguien. Vella aguzó el oído.

—¡... Asdrúbal, muerto; Magon, muerto; Cartago en manos de los romanos! Y yo, ¿por qué he de morir, ahora que sé ya lo que es amar...? Vella, obstinada, virtuosa, tenaz... tenaz como Roma, esa Roma que odio... ¿he dicho que odio? Sí, pero que amo también... amor confuso, fatal... pero amor; treinta y seis años viviendo en su regazo, toda mi vida! ¡Es tan bello este suelo! ¡Y he de irme! ¿Es que no quiero irme para conquistar a Roma? No sé, no puedo saberlo a ciencia cierta; sólo siento que lo que me impide dejarla es un sentimiento muy fuerte; es una nostalgia dulce, es un querer tan



hondo, tan extraño. ¿qué diré? Italia es ya como mi Patria, ¿mi Patria?, ¡mejor que ella!; aquí es donde he vivido mis sueños, aquí es donde he podido librarme, en horas inolvidables, del pensamiento obsesionante y tormentoso de la guerra para recrearme en una ilusión de amor, en el sueño de un palacio tan placido y blanco que envidien los Dioses del Olimpo, en el que los lares venen por la mujer más bella y virtuosa de Italia y por sus hijos, que sean los míos; aquí, junto al mar, ese mar azul que cambia los pensamientos, es donde he evocado a mi madre y donde he tenido más intenso deseo de conocer el sabor de sus caricias ¡ay! que yo apenas he conocido, es el lugar en que me ha sorprendido la idea recóndita y secreta de mi espíritu, del dolor de las madres que han podido besar mucho a sus hijos muertos en mis batallas, maldiciéndome; a mí a quien en la edad en que todos los niños reciben un juguete y un beso se me regaló una espada de acero y se me hizo jurar odio y rencor... ¡Y he de dejarte, Italia! Italia, guarda los tesoros de mi alma, los años de mi juventud, las ilusiones únicas de mi vida;

¡Ilusiones infinitas que conduje al mar el tesoro de las montañas!, ¡por qué no os lleváis a mi sangre para fundirla en el amor? ¡Adiós, Italia! No te volveré a ver, lo sé, pero te recordaré siempre, vivirás perenne en el abismo de mi pensamiento con fulgores juveniles que guiarán y alegrarán la tristeza perpetua de mi corazón... ¡Italia—Roma...!

La garganta del coloso volvió a velarse con el ronquido de la desesperación.

Vella, desde su escondite inaspechado, lo había oído todo. Cuando Anibal hubo terminado estaba intensamente pálida. Debía matar a aquel hombre, ahora a su verdugo, al próximo enemigo de Roma, y a su máximo adorador, a aquella copulación gigantesca de amor y odio que la acababa de estremecer?

Automáticamente su fina mano se distendió alrededor del mango del gladius que empuñaba y éste cayó al suelo. Ella, angel de candor, inocencia pura, amor embalsamado, alma enamorada perpetuamente no podría quitar la vida a un hombre que amaba... que la amaba a ella y a su Patria; ¡no

podía matar a un hombre que lloraba por amor!

Regresó a su tienda y ocultó el rostro entre sus manos para ahogar un llanto silencioso y hondo que se prolongó hasta el amanecer.

...

Las innumerables galeras cartaginesas se mecían en el mar, prontas a partir. La decisión estaba hecha. A un lado, y dispuestos para el embarque, se encontraban los soldados; y al otro, agrupados y estrechamente vigilados, los prisioneros romanos que Aníbal quería conservar como rehenes por el fuese necesario utilizarlos para intimidar a Roma, que sentía horror a la esclavitud. Estaban subdivididos en dos grupos, los hombres y las mujeres, no separados, sin embargo, y en forma que podían verse perfectamente. Los dos sexos se miraban por primera vez allí.

Por supuesto, Vella ocupaba un lugar de distinción entre este puñado de infortunados que los embates de la guerra arrancaban de su amada tierra natal. Se ejercía sobre ella una vigilancia especial,

aunque disimulada y menos humillante.

Aníbal no había renunciado a hacerla suya, con más ahínco ahora, que la adversidad se cebaba en su alma cubriéndola de lóbreguez. Había renunciado momentáneamente a su odio, pero no a su amor.

La hermosa joven, profundamente pálida y ojerosa por la vigilia constante a que la sometía la tempestad de su corazón, miraba sin objetivo el grupo opuesto de sus compatriotas prisioneros que la acompañarían en el destierro. No podía pensar, su cabeza era un torbellino de imágenes confusas y estúpidas que no le importaba encauzar ni analizar; sólo, vagamente, percibía una protesta dominante, una protesta de su espíritu atajando la justicia de su corazón, que le parecía la máscara de un histrión que le repudiaba: «Si hubiese matado a Aníbal este espectáculo y esta humillación no existirían jamás».

De pronto, dilató sus grandes pupilas azules, abrió la boca estremecida por una inmensa alegría dolorida. Allí, confundido entre los prisioneros sombríos, acababa de ver a Furio, al prometido de su

corazón. Había caído prisionero en una refriega, e iba a embarcarse como ella en una de las galeras que se dirigían a África.

Temblando de felicidad e impaciencia, Vellá no cejó hasta que, con los más ingeniosos alingeos, logró llamar la atención de su amado.

Furio creyó morir de alegría. Su Vellá, su adorada e idolatrada mujercita que suponta lejos y quizá muerta, se hallaba inesperadamente allí, junto a él y siguiendo su mismo infortunio. Ya este le pareció menos duro; sin embargo, ¿cómo hablarle? No podría acercarse a ella ni para besarla después de tanto tiempo de no haberlo podido hacer.

Y Furio, carácter energético y apasionado, no pudo resistir una tentación audaz y escalofriante: conculcar a la rebelión a sus compañeros de cautiverio; sólo así lograría acercarse a su amada e intentar la huida con ella.

Observó que el grueso de la fuerza había embarcado ya, no sería tan descabellado intentar una escapatoria.

Hizo correr la voz, encontró las almas bien dispuestas y tras una

oportuna consigna, los bravos romanos cayeron sobre los soldados cartagineses con heroísmo de idealistas alucinados, en una empresa completamente loca y estéril, de señadores que se lanzan contra una quimera. Sólo el amor pudo haber inducido a cometer semejante disparate, el amor que, por ser fuego, lo mismo puede servir de antorcha que ilumina, que de pira voraz.

Poco tuvieron que esforzarse los cartagineses para dominar la rebelión, y Vellá hubo de contemplar con el corazón destrozado cómo la sangre de sus compatriotas regaba repetidamente el suelo bien amado que iba a dejar, y cómo su enamorado desaparecía en la cubierta de una galera, vapuleado por sus verdugos.

Debilitados, sin armas, o con tan pocas que eran irrisorias, ¿qué victoria podían esperar?

En la cubierta de la embarcación que tenía que transportarla a África, nuestra virtuosa romana encontró el apreciable consuelo de otras compatriotas que seguían su misma suerte. En el momento de la partida ninguna de ellas dirigió a la tierra querida una mirada tan honda y sufriente, ni derramó



lágrimas tan silenciosas ni tan ardientes. El sol doró la llanura impecable, arrancando reflejos encantados de los viñedos y los olivares en los que quedaban huellas brutales del extranjero odiado...

La llegada a África de Anibal levantó de tal manera el espíritu de los cartagineses que en pocas horas pasaron, sin transición, del acobardamiento a la arrogancia, despachando a los embajadores de Escipión con desprecio altivo y humillante. Tenían fe ciega en su general y haban en su sola presencia en Cartago para intimidar al romano que les había querido humillar.

Las relaciones se hicieron tirantes y Escipión tuvo necesidad de proteger en su campamento a los representantes de Cartago, a los que la soldadesca romana quería matar tan pronto como se enteró del trato que habían recibido los suyos en el campo de sus enemigos.

Anibal alcanzó a ver la grave situación al punto de su llegada y aplicó todo su genio guerrero en reorganizar el ejército. Pocos días después había logrado improvisar una masa heterogénea de hombres de distintas procedencias y razas

que constituían un conjunto de fuerza animal extraordinaria, pero al que la falta de disciplina y ciencia militar restaban eficacia.

El general cartaginés no dejó de considerarlo, y por primera vez en su vida dudó de sus guerreros; y dudó, principalmente, por la resonancia del prestigio de que gozaba su encarnizado enemigo Escipión. No ignoraba que se hallaba ante un adversario temible con el que debía enfrentarse con mejores elementos que nunca.

Anibal meditó largamente, luchó como un titán, como no lo había hecho nunca en las batallas, para reducir su orgullo y dar paso a un proyecto decisivo que la duda en sus fuerzas le hizo concebir: solicitar una entrevista con Escipión y proponerle un tratado de paz.

El general romano se la concedió, y dos días después el cartaginés llegaba a su pabellón.

Por primera vez los dos colosos que se disputaban la hegemonía del mundo se contemplaron frente a frente: Anibal, maduro, arrollador, salvaje; Escipión, joven, mesurado y parco, elegante y ecuánime. La pupila furiosa del primero miraba con el fuego devorador del

Africa; las del segundo con la energía indomable y penetrante de Roma.

Los mundos se contemplaban cara a cara, dos ambiciones, dos naturalezas.

Y también dos pasiones: el odio y la venganza.

Escipión, cortés y sereno, saludó a su huésped.

—¡Salve, Aníbal!

—¡Salve, Escipión! — correspondió el cartaginés.

—Por mi modesta boca, Roma quiere decirte que se siente halagada por tu visita y que se halla dispuesta a escucharte.

—Los intereses supremos de Cartago me han inducido a ello. Yo habría preferido visitar a Roma dentro de sus propias murallas.

—No lo dudo —replicó Escipión con ironía cortés, al adivinar que su adversario hablaba con desdicho y rabia. Y añadió con acento de superioridad—: La misma idea me trajo al Africa, con respecto a Cartago. A Roma le gusta también tomar alguna iniciativa de su riesgo y cuenta.

—Debes suponer que Cartago no

quiere tu visita; para impedirlo me ha llamado y para impedirlo he venido aquí.

—Creo que te refieres a algún proyecto de paz escrita con el stilus, ya que la espada la elaboraría muy de otra forma.

—En efecto, traigo un proyecto de paz.

—Exponlo; luego yo te presentaré el mío.

Aníbal adivinó el doble sentido de estas palabras y reanudo, contentiendo la rabia que pugnaba por estallar.

—Cartago está dispuesta a hacer a Roma una serie de concesiones fundamentales para su porvenir; antes, sin embargo, solicita que se le conceda el espacio indispensable para sus movimientos.

—¿Y es?

—El de Africa.

—¿Te refieres a mi estancia aquí?

—Sí; al Escipión se reintegra a Roma, yo le prometo que Cartago mediará una paz honorabilísima para su Patria, comprometiéndose a no invadir ni desear país alguno en que ella tenga intereses.

—Sería bien poca compensación

a los esfuerzos que he tenido que realizar para llegar hasta aquí. Anibal te suponía más enterado de la realidad; seamos sinceros: Cartago es más mía que túya, tú tienes el talento suficiente para saber esto que te digo y la grandeza de alma que se precisa para no considerarte humillado por ello ni interpretar mis palabras como un insulto. En suma, que Cartago exige mucho más. Roma ha sufrido demasiado para contentarse con lo que acabas de ofrecer; por el contrario, yo te propongo que retires tu ejército, que dejes a Roma moverse aquí en completa libertad mientras se elabora un tratado de paz en el que ella no pierda una sola de las garantías de su Imperio.

—¿Has olvidado que Cartago tiene también su orgullo y su dignidad? — preguntó Anibal, respirando con impaciencia.

—No; pero me hallo, poco más o menos en aquella situación moral en que debías encontrarte tú cuando desde las montañas que rodean el lago albano, a veinte kilómetros de Roma, contemplabas sus murallas aserradas; entonces no pensabas más que en la dignidad y el orgullo de tu Patria;

ahora yo, a la vista de Cartago amilanada, no pienso más que en los sentimientos de la mía.

—Es que tú no propones a Cartago un tratado de paz, sino un vasallaje — replicó Anibal, altivamente.

—Tú lo has dicho, Anibal; Roma no puede vivir más con la constante zozobra de verse invadida por un poder rapaz cargado de ambición. Tú vienes con la idea de afrancarme promesas ventajosas para tu Patria, henchido de pundonor militar que no conoce la derrota; yo, en cambio, te trato como un vencido, es decir, con la sensación de que se ha dado ya la batalla decisiva en la que he sido el vencedor. Ya ves que dos poderes iguales, o que lo parecen, encontrándose en la persecución de un mismo objetivo son difíciles de conciliar.

—Eras excesivamente altivo y audaz, Escipión.

—Todavía no he olvidado a mi padre, Anibal — dijo el general romano, frunciendo el entrecejo con angustia incontenible.

—Ni yo el juramento contra Roma que hice a los nueve años — replicó, secamente, el cartaginés.



—Es un duelo, Anibal, y una de las dos Repúblicas tiene que desaparecer.

—Hablarán los gladios!

—No hay otro camino para la vida de Roma y de Cartago. No puede haber dos señores en una misma casa.

El encuentro de los dos ejércitos había de ser espantoso. Se iba a decidir la suerte de dos imperios rivales que se disputaban el dominio del mundo entonces conocido.

Escipión tenía cuanto necesitaba para empeñar una batalla fabulosa, no así Anibal quien, como hemos dicho, a pesar de disponer de muchos hombres, no los podía encuadrar con la disciplina férrea y la necesaria instrucción que exigía una campaña decisiva.

En compensación, contaba con gran número de elefantes y de expertos y bravos conductores que le permitían esperaranzar algún éxito. Se trataba de proboscídeos curtidos en cien batallas, especie de bastiones animados que embestían con la furia de arietes invencibles.

Escipión no ignoraba esta fuerza temible de su adversario y de-

dicó el poco tiempo que le quedaba para iniciar su marcha sobre Cartago, en el adiestramiento de sus legiones contra aquella clase de animales. La única arma de que disponía para combatirlos era su estrategia, ya que Roma no tenía elefantes.

Y llegó el día de la marcha. Las llanuras áridas de Africa se cubrieron de hombres de acero, barbados, ceñudos e incansables, movidos por un solo pensamiento: tomar la ciudad de Cartago.

Al llegar a la Zeugitania, al suroeste de Cartago, en lontananza, distinguieron la ciudad de Zama, y entre ella y ellos un horruiguero inquieto, un fulgor inmenso formado por múltiples cuerpos de metal que centelleaban como cristales de plata. Era el ejército de Anibal que llegaba a su encuentro.

Lo primero que Escipión percibió fueron las montañas de carne de los elefantes. Los había en número incontable. El gran general romano tuvo un estremecimiento secreto; supuso que algunos, sino todos, de aquellos cuadrúpedos habían tomado parte en el paso de los Alpes. Se trataba, pues, de animales curtidos en la guerra,

unidades fieras y terribles que no se limitaban a conducir pasivamente a un par de elefantiarras en sus torres de guerra, sino que, magníficamente amestrados, participaban en el combate con todas sus colosales fuerzas.

El romano estudió la posición de los elefantes; se hallaban colocados en línea y separados del grueso de los infantes por un espacio considerable. Por ello, Escipión dedujo que serían los primeros en atacar y que su enemigo les confiaba la parte decisiva de la batalla. Si lograba derrumbar esa muralla, la más temible, podría destrozar la infantería, a la que, con perfecto sentido de la realidad, suponía deficiente, pues le constaba que había sido reclutada e instruida con precipitación. Trazó el plan de guerra. Había concebido una audacia temeraria digna de su genio.

Sonó la voz de ataque. Las cohortes avanzaron con fragor infernal, con resuello audaz, entre gritos entusiastas de guerra. Sobre los pechos robustos y bravíos centelleaban las loricas segmentatas (corazas con escamas) como dragones fabulosos, y en los brazos ceirinos, bosques de revuelto pelo

salvaje, oscilaban los gemitans (escudos), ágiles e invulnerables. Los cassis (cascos) habían dejado su garfio del hombro derecho, en el que se llevaban suspendidos durante las marchas, para ocupar las testas enmarañadas y rojas de coraje, fuigiendo al sol con destellos cegadores.

Los infantes caminaban en masa compacta, arrancando un mugido hondo y continuado del suelo con sus caligue (sandalias) y una vibración ensordecedora del aire con sus aceros al entretrocar involuntariamente y rozarse sin interrupción. Para facilitar la cohesión entre al, las cohortes llevaban los pilums (picas) verticales, semejan-do cañaverales caminantes.

Los gladius permanecían pasivos sobre el costado derecho de los guerreros, pendientes del balteus (tahall), que se inclinaba a su peso poderoso; esto hacía suponer que el primer choque se efectuaría con los pilums, o lanzas.

Escipión había encuadrado a los triarios (soldados escogidos), en un cuerpo de ejército de reserva que debía permanecer a retaguardia intacto y pasivo, hasta decidir la suerte de los legionarios comunes encargados del choque.

Por su parte, Aníbal avanzaba con su masa de hombres vestidos de la manera más diversa y pintoresca, esclavos reclutados en medios viles y degenerados a los que se había seducido con promesas exageradas, que andaban mezclados con la juventud heroica y los profesionales veteranos. Ante ellos, a regular distancia, marchaban los elefantes, su fuerza más sana y temible, su muralla de carne más potente y difícil, contra la que se lanzaron los infantes romanos.

Los proboscídeos cayeron sobre ellos en línea, espaciados matemáticamente. El choque dió la sensación de montañas movibles echándose sobre inmensos hormigueros atribulados para aplastarles y dispersarlos. Los arqueros se habían puesto en acción; eran tiradores expertos, de brazos nervudos, que tensaban el arco con fuerza y facilidad. Cada elefante llevaba dos en su torre. El aire, atravesado por las flechas veloces y agudas, gemía con un ruido vibrante y tenso de gigantesco mascardón. Algunos romanos se desplomaron con el pecho atravesado de parte a parte, o con la cuerca de un ojo hundida hasta el cere-

bro, siendo pisoteados bárbaramente por la multitud, que al segaries el dardo a ras de carne les dejaba la astilla mortal en la entraña agonizante.

De pronto, cuando los elefantes hubieron entrado en contacto con las primeras cohortes, tan velozmente que parecía inminente su aplastamiento, éstas iniciaron un movimiento inesperado y automático de flexión, y ello en el espacio preciso en que operaba cada animal, de tal manera que se habría dicho que éstos actuaban a manera de un embolo sobre una masa aeriforme.

Los elefantiáreas, bien lejos de suponer que esto era, ni más ni menos, que una maniobra estratégica para envolverles, asuxaron a las bestias, que fueron entrando en el respectivo corredor que los romanos abrían con su retroceso. Cuando pudieron advertirse de la audacia estapenda ya fué demasiado tarde, pues las picaas de las cohortes les rodeaban completamente sin permitirles reestablecer contacto entre sí.

El clamor entusiasta de los romanos al comprobar los efectos de la genial maniobra en que les había instruido su gran jefe Esci-



pión, hizo temblar a los tiradores en sus templetas de guerra. Pero como se trataba de luchadores viejos y experimentados, reaccionaron al instante y recrudecieron el tiro infalible de sus arcus sonoros.

Cayeron romanos, y los gemidos de agonía se mezclaron con los moscardones mortales de las flechas y los gritos de rabia de los luchadores enardecidos. Las pieles romanas se hundieron en masa en los vientres enormes y jadeantes de los proboscídeos. La piel rugosa se tiñó de sangre por cien puntos diferentes, y las heridas, diminutas localmente en proporción a la masa de los gigantes, unidas, constituyeron la cuchillada colosal capaz de acabar con las bestias.

Mugidos espantables atronaron el espacio dominando el fragor de las armas, y los monstruos de carne se tambalearon distintamente; pero, poseídos de prodigiosa resistencia, enloquecidos por el dolor y la furia, antes de tomarse para agonizar, blandieron las trompas, estrujando cuanto recogían a su paso. Se vieron cuerpos agitados un instante en el espacio entre los anillos inven-

cibles, chillando con indescriptible horror, ser proyectados contra sus compañeros atacantes y chocar y aplastarse las cabezas con ruido sordo y craquear de huesos.

Al principio, los proboscídeos podían moverse con relativo desembarazo dentro del corredor que les habían abierto los romanos; mas, pronto éstos se amasacotaron a su alrededor, envolviéndolos en un cerco mortal, como relieve de un gran mosaico brillante y armado.

Escipión, montado en su caballo negro, contempló con asupor creciente y con rabia infinita y loca el derrumbamiento de todas sus esperanzas concentradas en los elefantes.

Le quedaban todavía dos infantes innumeros, que, más atrás, esperaban la orden de entrar en acción, y que lanzó rápidamente contra las legiones de su enemigo.

Sin una baja, frescos de combate y numerosos, se lanzaron al ataque con tanto brío, que los romanos, un tanto fatigados y con crecido número de bajas, se vieron obligados a retroceder. Fue como una oleada de fuego propia del continente y de la sangre. Los

cartagineses entraron en la lucha con pesadas espadas y escudos enormes, que manejaban con extraordinaria agilidad y soltura. Gigantescos, fuertes, con sus barbas de azabache en tres cetrina, parecían monstruos de bronce a los que las furias habían insuflado el poder de la destrucción.

Antibal sonrió con alegría feroz, y Escipión tembló secretamente al contemplar el nuevo giro que tomaba la batalla.

Los acuturni romanos se abollaban como débiles láminas de hojalata al ser batidos por las espadas cartaginesas, cuya furia feroz resbalaba por las forcas clavándose en los pechos por la coyuntura de los huesos.

De vez en cuando, en la intersección mortífera de dos espadas enemigas buscándose el corazón, se veía proyectar una masa pequeña y ensangrentada de carne: era la cabeza de algún guerrero desprendida de su tronco por la bola a mandoble de un cartaginés que esparcía un chorro líquido, todavía tibio, y macabro, que salpicaba a los dos contendientes.

Esta facia enormemente formada, daba ocasión algunas veces a que

la espada agresora, llevada por la inercia del impulso, después de haber cortado la cabeza, resbalase contra el hombro de un soldado amigo, cercenándole el brazo de cuajo. Así, en la confusión del cuerpo a cuerpo, se herían y mataban hombres de un mismo bando.

Los heridos tenían la agonía breve, pues, al caer eran convertidos en repulsivo mufón por los miles de pies ciegos que les pisoteaban.

La maravillosa egrima de los acuturni se veía interrumpida por mil picas y espadas en lucha que les rodeaban, y esto provocaba la muerte más estúpida de los mejores maestros en campo libre. Triunfaba la casualidad bufa y el impulso puramente instintivo con tal de que lograrse hundir montañas de acero con un golpe muscular.

Y el fragor que todo esto producía daba la sensación de un martilleo tenaz en un gran campo de labor.

Las cohortes cedían terreno sin cesar, y ya las masas agonizantes de los elefantes habían quedado al descubierto en el lado cartagi-

nés, entre montones de hombres destruidos.

Cartago ganaba; los gritos de entusiasmo de los cartagineses llegaban claros y distintos al oído de Escipión.

De pronto, se produjo un brusco movimiento de indecisión en las huestes de Aníbal. El general romano había puesto en acción los triarios que tenía de reserva. Eran, éstos, soldados veteranos, curtidos en cien batallas, hombres corpulentos, de redomado valor y serenidad impávida no menores de treinta años, los cuales reunían a la agilidad, destreza y fogosidad de los de veinte, la experiencia y el ánimo que son las prendas distintivas de la segunda juventud.

Durante unos momentos la lucha permaneció estacionaria. Los primeros triarios atravesaban corazonas cartagineses con un brío sorprendente. Las puntas aceradas de las largas lanzas quedaban enastadas en la entraña de los cuerpos enemigos y al sacarlos de ella con violencia, los soldados herían con frecuencia a sus propios amigos aplastándoles la nariz o bien arrascándoles un chorro sanguiolento de una órbita vacía.

Se veían cuerpos levantados en vilo en la punta de una pica forzada como la de un atlante.

La sangre de la agonía se mezclaba con los espumarajos de la rabia y del furor, y el repliqueo del metal se había cambiado por un aquarelle confuso de ayes y juramentos.

Los cartagineses iniciaron el retroceso en un movimiento de bloque pesado que sólo Dios puede mover. Lo hicieron sin dejar de guerrear, rompiendo picas enemigas como si fuesen endebles cañas y dando traspies con los muertos y heridos que cubrían el campo de batalla.

Paulatinamente sus golpes fueron tornándose más y más débiles, mientras los de los triarios arreciaban en intensidad y eficacia. Y comenzaron a caer cartagineses, que cubrían con creces los vacíos que rodeaban los cadáveres de los romanos que habían hecho frente a su primera embestida. La cohesión empezó a flaquear: las filas clarearon, empujados por los romanos, los cartagineses buscaban un flanco vulnerable y esto inició la dispersión: la masa compacta se tornó un velo, luego una malla... sólo caían cartagineses.



Y empezó la fuga, después la derrota.

El sol moría en el horizonte con la postrer esperanza de Cartago. Aníbal, huyendo en su caballo negro, se internó en la penumbra que un cúmulo de nubes sombrías esparcía en lontananza, como un espíritu hechizado de Oriente desencantado por la espada mágica de un genio occidental.

La batalla de Zama había terminado, y Escipión se había ganado en ella el título eterno de «El Africano».

También había ganado el mundo para Roma, que había de pasar a ser Ciudad Eterna, y sabia rectora de derechos, y luego maestra de Arte, incorporando a sus arterias

caudalosas la sangre maravillosa de los griegos.

Velia podía ya recomenzar la vida de su amor, libre de la sombra temida y admirada de su más loco, profundo y ardiente enemigo adorado... de Aníbal, que años después había de suicidarse en Sutiuna, exclamando: «He librado de su terror a Roma».

Escipión llegó a Italia rodeado de la escuadra más potente del mundo. Roma le dispuso un recibimiento apoteósico.

En su blanca Villa de Látanium refugió el amor íntimo y feliz de su hermosa esposa y de sus hijos, contemplando con orgullo el vasto inabarcable de las águilas imperiales que su gente vivificó.

FIN

## ◀ EDICIONES EXTRAORDINARIAS ▶

### SERIE ESPLENDOR

#### TÍTULOS PUBLICADOS Y EN EXISTENCIA:

*A 1'00 pesetas ejemplar*

75 minutos de angustia, por Lewis Stone y Bárbara Read.  
Magnolia, por Irene Dunne y Allan Jones.

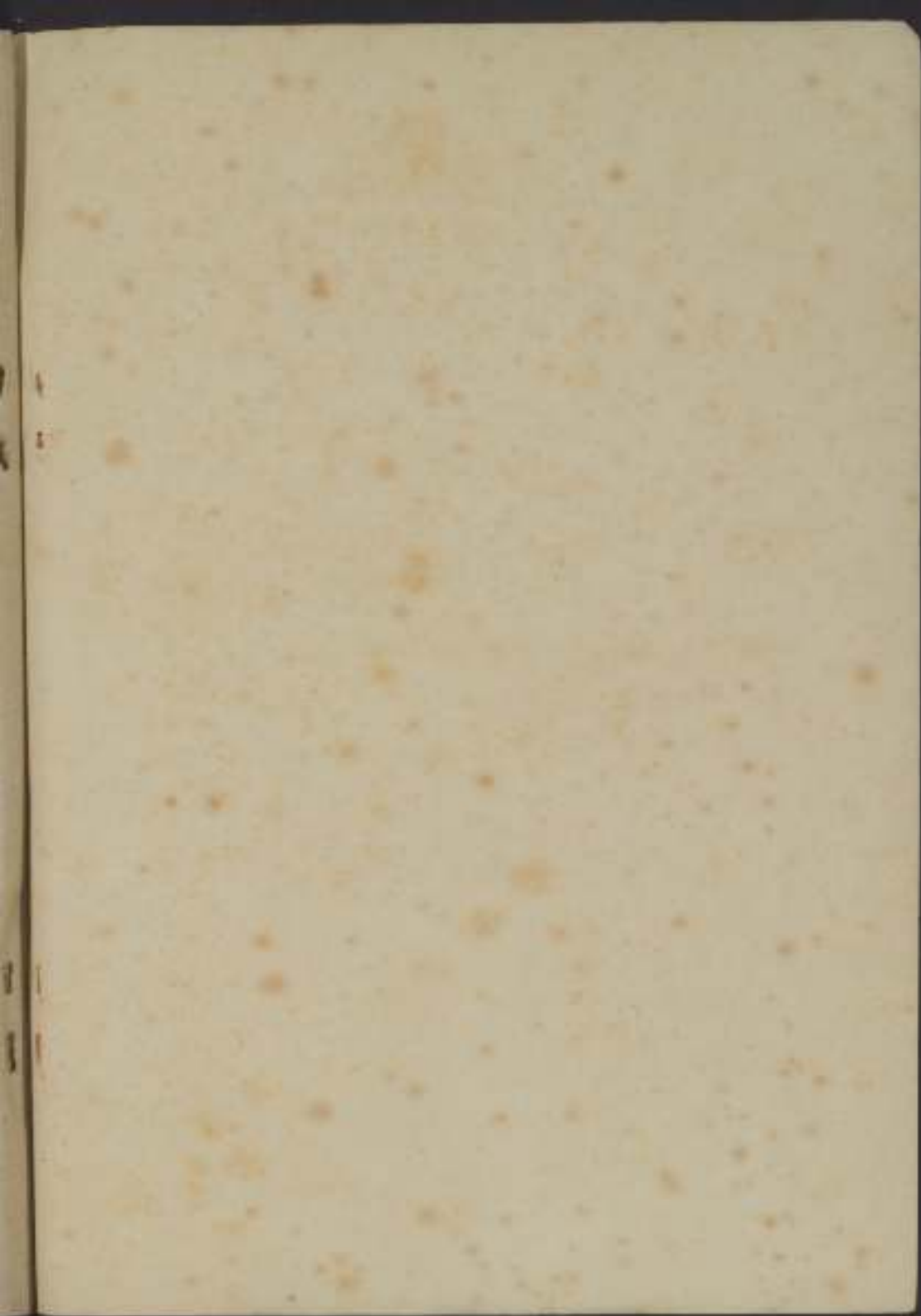
*A 2' pesetas ejemplar*

Tres diablitos, por Diana Durbin.  
Loca por la música, por Diana Durbin.  
Mentirosilla, por Diana Durbin.  
La Escuadrilla del Pacífico, por Kent Taylor, Ray Milland y Wendy Barrie.  
El demonio es un pobre diablo, por M. Rooney, F. Bartholomew y J. Cooper.  
La sustracción de París, por Danielle Darrieux y Misha Auer.  
Cuando el amor nace, por Doris Nolan y John Boles.  
Cancho, por René Deltgen y Vera von Langen.  
La marca de fuego, por Victor Francen y Sessue Hayakawa.  
Se llevó mi corazón, por Jeannette Mac Donald.  
Fuego, por Victor Francen y Edwige Fenech.  
Central Rio, por Ivan Petrovich y Camila Horn.  
Dunia, la novia eterna, por Hilde Krahl y Heinrich George.  
El paraíso perdido, por Fernand Gravey y Elvire Popesco.  
Los hombres no son dioses, por Miriam Hopkins.  
Condesa por una noche, por Danielle Darrieux.  
El Valle de los Icaros, por Chester Morris.  
Su última diablura, por Diana Durbin.  
¿Por qué late corazón?, por Danielle Darrieux.

#### EN PREPARACIÓN:

EL HOMBRE INVISIBLE VUELVE, por Nan Grey, Sir Cedric Hardwicke.  
PRINCESITA, por Diana Durbin.  
DE ISLA EN ISLA, por Marlene Dietrich.

Solicite Ud. nuestro Catálogo de publicaciones que gustosamente se lo enviaremos seguidamente.





EDITORIAL GRAFIDEA, S. L.  
CONTINUADORA DE  
PUBLICACIONES CINEMA  
CALLE BAILLEN, 104  
BARCELONA